

Cuando la Sanidad No llega



OSVALDO REBOLLEDA

Cuando la Sanidad No llega



Dedicado a ELI...

OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
 PARTE I: El origen del dolor y la enfermedad.	
Capítulo uno:	
La caída y el ingreso del sufrimiento.....	11
Capítulo dos:	
Las enfermedades actuales y el pecado.....	18
Capítulo tres:	
Enfermedad, fragilidad y humanidad.....	25
 PARTE II: Jesús y los enfermos.	
Capítulo cuatro:	
El corazón compasivo de Jesucristo.....	33
Capítulo cinco:	
La sanidad divina en la Biblia.....	40
Capítulo seis:	
La fe y la sanidad.....	48
 PARTE III: Cuando la sanidad no llega.	
Capítulo siete:	
Pablo y el misterio del aguijón.....	56
Capítulo ocho:	
Evidencia de enfermos en las Escrituras.....	63
Capítulo nueve:	
Cuando Dios no responde.....	70
Capítulo diez:	
Su presencia en el sufrimiento.....	78

PARTE IV: Disciplina, formación y propósito divino.	
Capítulo once:	
La disciplina amorosa de Dios.....	87
Capítulo doce:	
El sufrimiento que transforma.....	95
Capítulo trece:	
Ataques espirituales y opresión.....	102
 PARTE V: Errores sobre sanidades y enfermedades.	
Capítulo catorce:	
El evangelio de la culpa.....	110
Capítulo quince:	
El peligro de negar la medicina.....	117
Capítulo dieciséis:	
La obsesión moderna con el bienestar.....	124
 PARTE VI: Esperanza para el creyente enfermo.	
Capítulo diecisiete:	
Cómo atravesar la enfermedad con Fe.....	132
Capítulo dieciocho:	
La paz de Dios en medio del dolor.....	138
Capítulo diecinueve:	
La esperanza final del cristiano.....	,143
 Conclusión	150
Reconocimientos.....	155
Sobre el autor.....	157

INTRODUCCIÓN

“Así como no sabemos por dónde va el viento ni cómo se forma el niño en el vientre de la madre, tampoco entendemos la obra de Dios, creador de todas las cosas...”

Eclesiastés 11:5 NVI

Los hijos de Dios hoy en día han aprendido a hablar mucho acerca del éxito, de la conquista, de la victoria y de los milagros, pero muchas veces guardan silencio frente al sufrimiento humano. En numerosos púlpitos se predica acerca de la prosperidad, del avance, del crecimiento y de la manifestación del poder de Dios, pero pocas veces se enseña qué hacer cuando la respuesta esperada no llega, cuando la enfermedad permanece, cuando el cuerpo continúa debilitándose y cuando las lágrimas siguen cayendo aun después de muchas oraciones sinceras.

En medio de esta realidad existen miles de creyentes que aman profundamente a Dios, que sirven con fidelidad, que oran con perseverancia y que creen en el poder del Espíritu Santo, pero que aun así atraviesan procesos de dolor físico, enfermedades prolongadas, diagnósticos difíciles o sufrimientos que no logran comprender. Muchos de ellos viven una batalla doble: por un lado, el desgaste de la enfermedad, y por otro el peso de ciertas enseñanzas que los hacen sentir culpables por no haber recibido la sanidad que esperaban.

Algunos mensajes modernos han producido una enorme confusión dentro de la Iglesia. Se ha enseñado de manera irresponsable que toda enfermedad es consecuencia directa de pecado personal, que todo creyente debería vivir permanentemente sano, o que si una persona no recibe un milagro es simplemente porque le falta fe.

Estas afirmaciones, aunque muchas veces nacen de buenas intenciones, han terminado causando heridas profundas en el corazón de muchos hijos de Dios. Hay creyentes que no solamente luchan contra el dolor físico, sino también contra la condenación espiritual, el miedo, la sensación de haber decepcionado al Señor, o la incertidumbre de pensar que han hecho algo mal y no saben qué puede ser.

Sin embargo, cuando observamos cuidadosamente las Escrituras, descubrimos que la realidad bíblica es mucho más profunda, equilibrada y llena de matices que ciertos discursos simplistas. La Biblia revela a un Dios poderoso que sana enfermos, hace milagros y manifiesta su gloria sobrenatural, pero también muestra a hombres y mujeres fieles que atravesaron sufrimientos, debilidades, prisiones, dolores físicos y procesos que no siempre fueron removidos de inmediato. La Palabra de Dios no esconde el sufrimiento humano; lo expone con honestidad y, al mismo tiempo, revela la presencia de un Dios que permanece cercano en medio del quebranto.

Jesús nunca rechazó al enfermo. Nunca avergonzó al débil. Nunca culpó cruelmente al que sufría. Por el contrario,

el evangelio nos muestra constantemente a Cristo acercándose al quebrantado con compasión, ternura y misericordia. ***“Y recorrió Jesús toda Galilea... sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mateo 4:23).*** Pero ese mismo Cristo también lloró frente a la tumba de Lázaro, sudó sangre en Getsemaní y cargó sobre sí el sufrimiento de la humanidad caída. Él no solamente tiene poder para sanar; también tiene gracia para sostener.

La Iglesia necesita volver a comprender que la fe verdadera no está basada únicamente en obtener resultados visibles, sino en permanecer unidos a Cristo aun en medio de aquello que no comprendemos. La fe madura no desaparece cuando el milagro tarda. La fe genuina continúa confiando aun cuando los cielos parecen guardar silencio. Como dijo el apóstol Pablo: ***“Porque por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7).***

Este libro no fue escrito para negar la sanidad divina. Sería imposible hacerlo mientras las Escrituras sigan mostrando al Dios que sana, restaura y hace maravillas. Dios continúa obrando milagros hoy y soy testigo de eso. El Espíritu Santo sigue teniendo poder. Cristo sigue siendo el mismo ayer, hoy y por los siglos. Pero este libro tampoco fue escrito para alimentar falsas expectativas, presiones emocionales o condenaciones destructivas que terminan aplastando al creyente herido. Fue escrito para traer equilibrio bíblico, consuelo pastoral y comprensión espiritual.

Fue escrito pensando en el creyente que ora y espera. En el pastor agotado que continúa predicando mientras lucha en silencio con una enfermedad. En la madre que clama por un hijo enfermo. En el hombre de Dios que no entiende por qué el milagro todavía no llega. En aquellos que aman sinceramente al Señor, pero que necesitan respuestas honestas y compasivas, no discursos vacíos ni fórmulas humanas.

Vivimos en un mundo caído. El pecado abrió la puerta al dolor, a la corrupción y a la muerte. La creación entera gime, como escribió Pablo en **Romanos 8:22**: ***“Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora”***. Aun los creyentes, aunque poseemos vida eterna en Cristo, seguimos habitando cuerpos frágiles y temporales. Todavía esperamos la redención final de nuestro cuerpo y la consumación plena del Reino de Dios.

Por eso, mientras caminamos hacia la eternidad, habrá momentos de gloria y también momentos de valle; habrá testimonios de sanidad milagrosa y también procesos donde la gracia de Dios será el sostén diario del alma. Pero en ambos casos, la presencia de Cristo seguirá siendo nuestra esperanza suprema.

Uno de los peligros más grandes de esta generación es haber convertido el bienestar personal en el centro del evangelio. Muchos han reducido la vida cristiana a una búsqueda constante de comodidad, éxito y ausencia de problemas. Sin embargo, el Reino de Dios no gira alrededor

del confort humano, sino alrededor de la gloria de Cristo y de la formación de su carácter en nosotros. Hay procesos que jamás escogeríamos voluntariamente, pero que Dios utiliza para profundizar nuestra dependencia, quebrantar nuestro orgullo y acercarnos más íntimamente a su corazón.

A lo largo de estas páginas hablaremos acerca de la sanidad divina, de la fe, del sufrimiento, de la disciplina de Dios, de la fragilidad humana, de los errores doctrinales modernos y de la esperanza eterna del creyente. Veremos que algunos fueron sanados instantáneamente, mientras otros aprendieron a caminar sostenidos por la gracia en medio de la debilidad. Descubriremos que el poder de Dios no solamente se manifiesta quitando el dolor, sino también fortaleciendo al creyente para atravesarlo con paz sobrenatural.

Tal vez el milagro llegue. Tal vez Dios abra una puerta inesperada de restauración. Tal vez el Señor sorprenda con una intervención gloriosa. Pero aun cuando eso no ocurra en el tiempo que esperamos, jamás debemos considerarnos como abandonados por nuestro Padre. La presencia de Dios continúa siendo real en medio de la noche más oscura que podamos vivir.

Porque el mayor milagro no es solamente que el cuerpo sea sanado, sino que el alma permanezca unida a Cristo aun en medio del sufrimiento. Y esa gracia jamás falla.

PARTE I

EL ORIGEN DEL DOLOR Y LA ENFERMEDAD

Capítulo uno

LA CAÍDA Y EL INGRESO DEL SUFRIMIENTO

“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.”

Génesis 1:31

Antes de que el pecado ingresara en la historia humana, la creación reflejaba perfectamente el orden, la armonía y la plenitud establecida por Dios. El mundo no fue creado bajo enfermedad, corrupción o muerte. El dolor no formaba parte del diseño original del Creador.

Cuando Génesis describe los comienzos de todas las cosas, revela una creación buena, perfecta y llena de vida, porque eso es lo que el mismo Dios declaró. Aquella expresión no era una observación superficial; era la declaración divina sobre un universo que funcionaba bajo la perfecta voluntad de Dios, sin fracturas, sin sufrimiento y sin separación.

El hombre fue creado para vivir en comunión con Dios. Adán no fue formado para convivir con la muerte, ni Eva para experimentar angustia, enfermedad o deterioro físico. El cuerpo humano fue diseñado originalmente bajo la gloria de la vida divina, sostenido por una relación perfecta con el Creador.

En el principio no existía temor, ni ansiedad, ni decadencia. El jardín del Edén representaba mucho más que un lugar geográfico; era la manifestación visible del gobierno de Dios sobre la creación y de la perfecta armonía entre el cielo y la tierra. Sin embargo, todo cambió cuando el pecado entró en el corazón humano.

La caída de Adán no fue simplemente un error moral aislado. Fue una ruptura espiritual de dimensiones profundas y eternas. Cuando el hombre decidió independizarse de Dios, abrió la puerta a una realidad completamente distinta. **Romanos 5:12** declara: ***“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”***. La muerte comenzó entonces a operar dentro de la creación humana como una fuerza de corrupción progresiva.

Desde aquel momento, el sufrimiento se convirtió en parte de la experiencia humana. La tierra fue afectada, el cuerpo fue afectado y aun la naturaleza comenzó a manifestar señales de deterioro. El pecado no solamente dañó la relación del hombre con Dios; también alteró el equilibrio de toda la creación. Lo que había sido diseñado para reflejar vida

comenzó lentamente a inclinarse hacia la corrupción y la decadencia.

Por eso la enfermedad existe. No porque Dios haya creado al ser humano para sufrir, sino porque el pecado abrió una puerta que distorsionó toda la creación. La enfermedad es una de las evidencias visibles de que el mundo ya no funciona bajo la perfección original del Edén.

Esto no significa que una persona que padece una enfermedad está padeciendo las consecuencias del pecado y una persona sana está evidenciando una vida sin pecado; plantear algo como eso es un verdadero disparate. Lo que estoy diciendo es que la enfermedad al igual que la muerte, entraron en la humanidad por causa del pecado.

Los cuerpos envejecen, las células se deterioran, los órganos se debilitan y la fragilidad humana se hace evidente con el paso del tiempo. Aun el creyente más espiritual sigue habitando un cuerpo sujeto a las limitaciones de un mundo caído. Esto es algo que padecemos todos.

Muchas veces los seres humanos intentan negar esta realidad. La cultura moderna lucha desesperadamente contra el envejecimiento, la debilidad y la muerte. Se invierten millones intentando prolongar la juventud, evitar el deterioro y escapar de la fragilidad humana. Pero por más avances tecnológicos o médicos que existan, la humanidad continúa enfrentando la misma realidad establecida desde Génesis: el pecado dejó consecuencias profundas sobre la creación.

Esto no significa que cada enfermedad específica sea consecuencia directa de un pecado personal concreto. Ese es uno de los errores más crueles y simplistas que algunas corrientes religiosas han promovido. Jesús mismo corrigió esa mentalidad cuando sus discípulos le preguntaron acerca del ciego de nacimiento:

***“Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Jesús respondió:
No es que pecó éste, ni sus padres...”***

Juan 9:2 y 3

Cristo desmontó la idea de que toda enfermedad individual necesariamente es producto de una falta específica. Sin embargo, sí debemos comprender que el sufrimiento humano, en términos generales, tiene su raíz en la caída de la humanidad.

Vivimos en un mundo quebrado. La creación entera arrastra las consecuencias del pecado original. Por eso Pablo escribe en **Romanos 8:20 al 22**: ***“Porque la creación fue sujeta a vanidad... porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción... Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora”***. Esa expresión es profundamente reveladora: la creación gime.

La tierra gime bajo corrupción. El cuerpo humano gime bajo debilidad. La humanidad entera gime buscando alivio, sentido y restauración. Aun los creyentes, aunque

poseemos vida eterna en Cristo, seguimos esperando la redención completa de nuestro cuerpo. La salvación ya comenzó en nuestro espíritu, pero la glorificación final todavía está por manifestarse plenamente.

Por eso existe una tensión constante en la vida cristiana. El Reino de Dios ya fue inaugurado por Cristo, pero todavía no ha sido consumado completamente. Ya experimentamos milagros, sanidades y manifestaciones del poder de Dios, pero aún vivimos en medio de un mundo donde la enfermedad y la muerte continúan existiendo. Ya fuimos reconciliados con Dios, pero todavía esperamos el día en que ***“esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”*** (1 Corintios 15:53).

Muchos creyentes sufren porque fueron enseñados a pensar que la vida cristiana debería eliminar automáticamente toda forma de dolor físico o debilidad. Pero las Escrituras jamás enseñan semejante idea. Los hombres de Dios también envejecieron. Los profetas también se cansaron. Los apóstoles también sufrieron. Aun los más grandes siervos de Dios continuaron habitando cuerpos humanos frágiles.

El mismo Pablo escribió: ***“Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día”*** (2 Corintios 4:16). Observe el equilibrio del apóstol: reconoce el deterioro físico, pero también afirma la renovación espiritual interior. El evangelio

no niega la realidad del cuerpo humano caído; lo ilumina con esperanza eterna.

Comprender esto es fundamental para evitar frustraciones innecesarias y falsas condenaciones. Hay creyentes que aman sinceramente a Dios, pero se sienten confundidos porque atraviesan enfermedades, limitaciones físicas o procesos dolorosos que no logran comprender.

Algunos incluso llegan a pensar que Dios los ha abandonado o que han fallado espiritualmente. Pero la existencia del sufrimiento no significa automáticamente ausencia de fe, rechazo divino o falta de amor de parte de Dios. Vivimos todavía en medio de una creación incompleta que espera la restauración final.

Ninguno de nosotros estamos exentos de la fragilidad humana. Lo que sí poseemos como hijos de Dios, es una esperanza superior dentro de esa fragilidad. Mientras el mundo enfrenta el dolor sin respuestas eternas, nosotros atravesamos el sufrimiento sabiendo que existe una redención futura y gloriosa preparada en Cristo Jesús.

La caída introdujo la muerte, pero Cristo introdujo la esperanza. La caída trajo corrupción, pero Cristo trajo redención. La caída abrió la puerta al sufrimiento, pero Cristo abrió la puerta de la eternidad, y aunque hoy todavía caminamos en cuerpos vulnerables, llegará el día en que toda consecuencia del pecado será removida para siempre.

Apocalipsis 21:4 declara: ***“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor”***. Esa es la esperanza definitiva de la Iglesia. No solamente una mejora temporal de esta vida presente, sino la restauración total y eterna de todas las cosas bajo el Reino glorioso de Cristo.

Hasta entonces, seguimos caminando entre milagros y debilidades, entre momentos de gloria y momentos de quebranto, pero sostenidos por la certeza de que Dios continúa siendo bueno aun en medio de un mundo caído.

Capítulo dos

LAS ENFERMEDADES ACTUALES Y EL PECADO

Una de las preguntas más antiguas y más dolorosas que han acompañado al sufrimiento humano es esta: ¿la enfermedad siempre es consecuencia de un pecado específico? A lo largo de la historia, innumerables personas han cargado no solamente con el peso físico de una enfermedad, sino también con la angustia espiritual de pensar que tal vez Dios las está castigando directamente por alguna falta personal. Esta idea ha producido culpa, temor, confusión y heridas profundas en muchos creyentes sinceros.

En algunos sectores religiosos se ha enseñado durante años que toda dolencia física necesariamente tiene detrás un pecado oculto, una falta de fe o alguna desobediencia específica. Bajo esa perspectiva, el enfermo termina siendo visto casi como un culpable espiritual más que como una persona necesitada de compasión y acompañamiento. Como dije el capítulo anterior ¡Eso es un verdadero disparate!

Cuando observamos cuidadosamente las Escrituras descubrimos que, aunque en ciertos casos particulares el

pecado y la enfermedad estuvieron relacionados, la Biblia jamás enseña que toda enfermedad provenga automáticamente de un pecado personal concreto. Es importante comprender este equilibrio para no caer ni en la liviandad espiritual ni en la crueldad religiosa.

Existen casos bíblicos donde sí hubo consecuencias físicas relacionadas con pecado o desobediencia. La Escritura no oculta esa realidad. En **1 Corintios 11:29 y 30**, Pablo habla acerca de creyentes que participaban indignamente de la Cena del Señor y declara: ***“Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen”***. Allí existía una conexión espiritual clara entre una conducta pecaminosa y consecuencias físicas dentro de la congregación.

También encontramos episodios como el de María, hermana de Moisés, quien fue herida con lepra después de hablar contra el siervo de Dios (**Números 12:1 al 10**), o el rey Uzías, que terminó leproso tras llenarse de orgullo y usurpar funciones sacerdotales (**2 Crónicas 26:16 al 21**). La Biblia muestra entonces que, en determinados momentos, el pecado puede traer consecuencias visibles aun sobre el cuerpo. Pero el problema comienza cuando el ser humano transforma excepciones específicas en reglas absolutas.

Allí es donde muchos han caído en juicios injustos y doctrinas desequilibradas. Porque aunque algunos sufrimientos estuvieron relacionados con pecado personal, existen muchísimos otros casos bíblicos donde la enfermedad

o el dolor no tenían ninguna relación directa con una falta concreta. Generalizar nunca trae sabiduría y mucho menos justicia en nuestra apreciación.

El caso de Job es probablemente uno de los ejemplos más profundos de toda la Escritura. Job era un hombre íntegro, temeroso de Dios y apartado del mal. Sin embargo, atravesó uno de los sufrimientos más intensos registrados en la Biblia. Perdió bienes, familia, estabilidad emocional y salud física. Su cuerpo terminó cubierto de llagas dolorosas mientras permanecía sentado sobre ceniza (**Job 2:7 y 8**). Lo más impactante es que sus amigos insistían constantemente en que debía existir algún pecado oculto detrás de semejante tragedia.

Aquellos hombres estaban convencidos de que el sufrimiento siempre debía tener una explicación moral inmediata. Para ellos, si Job sufría era porque algo malo había hecho. Y aunque pronunciaron discursos aparentemente espirituales, terminaron representando una teología fría, simplista y carente de verdadera comprensión del corazón de Dios.

El libro de Job desmonta violentamente la arrogancia humana que pretende explicar todo sufrimiento mediante fórmulas rápidas. Al final del relato, Dios mismo reprende a los amigos de Job porque no habían hablado rectamente acerca de Él (**Job 42:7**). Qué solemne advertencia para quienes juzgan apresuradamente al que atraviesa dolor. Hay

sufrimientos cuya explicación trasciende la capacidad humana de comprensión inmediata.

Como mencioné anteriormente, Jesús también confrontó directamente esta mentalidad cuando se encontró con un hombre ciego de nacimiento. Los discípulos le preguntaron: ***“Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?” (Juan 9:2).*** Aquella pregunta reflejaba precisamente la mentalidad religiosa de la época: alguien debía ser culpable de esa condición. Pero la respuesta de Cristo fue completamente diferente: ***“No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él” (Juan 9:3).***

Jesús no negó la realidad del pecado en el mundo, pero sí rechazó la idea cruel de convertir automáticamente al enfermo en culpable.

Cuántas personas han sido destruidas emocionalmente por enseñanzas incorrectas. Creyentes sinceros que, mientras atraviesan enfermedades difíciles, comienzan a examinar desesperadamente cada área de su vida pensando que quizás Dios los está castigando. Algunos viven bajo permanente condenación espiritual, buscando pecados imaginarios, sintiendo que han decepcionado al Señor o creyendo que su enfermedad es prueba definitiva de fracaso espiritual. Pero el evangelio jamás presenta a Cristo actuando de esa manera.

Jesús se acercaba al quebrantado con misericordia. Tocaba al leproso que todos rechazaban. Consolaba al herido.

Restauraba al caído. Nunca utilizó el sufrimiento humano como oportunidad para humillar públicamente al débil. Incluso cuando había pecado involucrado, el Señor siempre obraba buscando restauración y no destrucción.

Esto no significa que debemos ignorar el examen espiritual personal. Todo creyente debe vivir en arrepentimiento, sensibilidad al Espíritu Santo y comunión con Dios. El pecado sí trae consecuencias y endurece el corazón humano. Hay hábitos destructivos, excesos, amarguras, resentimientos y conductas pecaminosas que incluso pueden afectar el cuerpo y la mente. La vida espiritual y la vida emocional muchas veces están profundamente conectadas. Sin embargo, es extremadamente peligroso asumir automáticamente que cada enfermedad es resultado directo de un pecado específico.

Esa clase de juicio termina deformando el carácter de Dios y destruyendo personas heridas que necesitan compasión y acompañamiento espiritual. Muchas veces el enfermo ya está luchando internamente con temor, agotamiento y tristeza; añadir sobre él condenación religiosa solamente multiplica el dolor.

La Iglesia necesita recuperar el corazón pastoral de Cristo. Necesita aprender a acompañar al que sufre sin convertirse en juez despiadado de procesos que solamente Dios comprende completamente. **Romanos 8:1** declara: *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”*. El enemigo ama utilizar la culpa para

destruir la fe del creyente, mientras que el Espíritu Santo guía al arrepentimiento verdadero desde el amor y la restauración.

También debemos recordar que la fragilidad humana forma parte de nuestra condición en un mundo caído. El cuerpo envejece, se desgasta y se debilita. Aun los hombres y mujeres más espirituales siguen habitando una humanidad vulnerable. Eliseo, uno de los profetas más poderosos del Antiguo Testamento, murió enfermo: ***“Estaba Eliseo enfermo de la enfermedad de que murió” (2 Reyes 13:14).*** El texto no presenta aquello como señal de rechazo divino, sino simplemente como parte de la realidad humana.

A veces queremos respuestas demasiado rápidas para asuntos profundamente complejos. Hay enfermedades relacionadas con desgaste físico. Otras con genética. Algunas con consecuencias emocionales prolongadas. Otras con ataques espirituales. Y muchas simplemente forman parte de la fragilidad de vivir en una creación afectada por la caída. Pretender reducir todo sufrimiento a una única explicación es ignorar la profundidad misma de la experiencia humana y espiritual.

Por eso la Iglesia debe caminar con discernimiento y equilibrio. Ni negar la posibilidad de consecuencias espirituales, ni convertir toda enfermedad en un castigo automático. Ni caer en la liviandad absoluta, ni en la condenación cruel. El evangelio verdadero siempre conduce a la verdad acompañada de gracia.

Cuando los amigos de Job observaron su dolor, se sentaron inicialmente junto a él en silencio durante siete días (**Job 2:13**). Curiosamente, esa fue probablemente la parte más sabia de toda su participación. El problema comenzó cuando intentaron explicar arrogantemente lo que no comprendían.

Existen dolores que requieren menos acusaciones y más lágrimas compartidas. Menos discursos religiosos y más compasión. Menos juicios rápidos y más presencia pastoral.

Cristo nunca prometió una vida libre de quebrantos en este mundo presente, pero sí prometió permanecer con nosotros en medio de ellos. Y muchas veces, aun cuando no comprendemos completamente las razones del sufrimiento, podemos descansar en la certeza de que el corazón de Dios continúa siendo bueno, misericordioso y fiel.

Todos podemos atravesar procesos que no entendemos, pero debemos estar seguros de que jamás dejaremos de estar sostenidos por la gracia divina. Porque aun cuando el dolor no tenga explicación inmediata, la presencia de Cristo sigue siendo suficiente para sostener nuestra alma en la dimensión de la fe.

Capítulo tres

ENFERMEDAD, FRAGILIDAD Y HUMANIDAD

*“Como el padre se compadece de los hijos,
Se compadece Jehová de los que le temen.
Porque él conoce nuestra condición;
Se acuerda de que somos polvo.”*

Salmo 103:13 y 14

Uno de los mayores conflictos del ser humano moderno es su dificultad para aceptar la fragilidad. Vivimos en una cultura que idolatra la fuerza, la juventud, la productividad y la autosuficiencia. El mundo actual celebra la imagen de personas invencibles, capaces de controlarlo todo, dominarlo todo y sostenerse por sí mismas.

La debilidad suele ser vista como fracaso, y el sufrimiento como una interrupción intolerable del bienestar personal. Sin embargo, la Biblia constantemente nos recuerda una verdad que el orgullo humano intenta negar: somos profundamente frágiles.

El hombre fue creado del polvo de la tierra. **Génesis 2:7** declara: ***“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra”***. Hay algo profundamente humillante y al mismo tiempo revelador en esa declaración. Aunque el ser humano haya desarrollado ciencia, tecnología y conocimiento avanzado, continúa siendo una criatura limitada, dependiente y vulnerable. El cuerpo humano, por más extraordinario que sea, sigue sujeto al desgaste, al cansancio, al deterioro y finalmente a la muerte.

El pecado agravó dramáticamente esa fragilidad original. Lo que había sido creado perfecto quedó expuesto a corrupción, enfermedad y decadencia progresiva. Desde entonces, toda la humanidad vive bajo la realidad del deterioro físico. Nadie puede escapar completamente de ello. El paso del tiempo deja marcas sobre el cuerpo, reduce fuerzas, altera capacidades y recuerda constantemente que esta vida presente es temporal.

Sin embargo, muchos creyentes sufren innecesariamente porque han sido enseñados a interpretar la debilidad física como señal automática de fracaso espiritual. Algunos piensan que un verdadero hombre o mujer de Dios jamás debería experimentar agotamiento, enfermedad o limitaciones humanas.

Sin embargo, las Escrituras muestran exactamente lo contrario. La Biblia no presenta superhombres invulnerables; presenta seres humanos sostenidos por la gracia divina en medio de su fragilidad.

Noé, Abraham o Moisés se cansaban. Elías cayó emocionalmente agotado debajo de un enebro deseando morir. David lloró profundamente en múltiples ocasiones. Jeremías fue quebrantado por el peso del dolor espiritual. Pablo habló abiertamente acerca de debilidades, luchas y sufrimientos.

Incluso Timoteo, uno de los colaboradores más cercanos del apóstol Pablo, padecía frecuentes enfermedades estomacales. Por eso Pablo le escribió: ***“Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades”*** (1 Timoteo 5:23).

Observemos cuidadosamente algo importante: Pablo no reprendió a Timoteo por falta de fe. No lo acusó de vivir en pecado. No le dijo que su enfermedad demostraba ausencia del poder de Dios. Le dio un consejo práctico para cuidar su salud dentro de su realidad humana. Comprender esto es profundamente necesario para la Iglesia actual.

Porque algunos ambientes espirituales han generado una presión enfermiza sobre los creyentes, como si la vida espiritual genuina eliminara automáticamente toda limitación física. Pero aun los más grandes hombres y mujeres de Dios continúan siendo seres humanos. La unción no elimina esa humanidad. La presencia del Espíritu Santo no convierte al creyente en un ser inmortal mientras permanezca en esta tierra.

El mismo apóstol Pablo escribió en **2 Corintios 4:7**: *“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro”*. Qué expresión tan poderosa. El evangelio glorioso habita dentro de recipientes frágiles. El poder eterno de Dios opera dentro de cuerpos temporales y vulnerables. El creyente posee vida eterna en su espíritu, pero todavía habita un cuerpo sujeto a desgaste.

La fragilidad humana no escandaliza a Dios. Muchas veces escandaliza más al orgullo religioso que al cielo mismo. Hay personas que viven intentando aparentar fortaleza permanente porque temen ser juzgadas espiritualmente si reconocen sus debilidades.

Pastores agotados que continúan sonriendo mientras se quiebran internamente. Creyentes que esconden enfermedades por miedo a ser señalados como faltos de fe. Líderes que sienten culpa por necesitar descanso, ayuda o acompañamiento emocional. Sin embargo, Jesús jamás rechazó la humanidad de las personas.

Cristo comprendía el cansancio humano porque Él mismo habitó un cuerpo humano real. Tuvo hambre, sed, agotamiento físico y dolor. Se sentó cansado junto al pozo de Samaria (**Juan 4:6**). Durmió en la barca agotado físicamente. Lloró frente a la tumba de Lázaro. Sudó sangre en Getsemaní bajo una angustia tan intensa que el cuerpo comenzó a reaccionar físicamente. El Hijo de Dios no fingió humanidad; la experimentó plenamente.

Por eso **Hebreos 4:15** declara: ***“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades”***. Cristo comprende la fragilidad humana desde adentro. Él conoce el peso del dolor, del cansancio y de la debilidad. Esto debería producir enorme descanso en el corazón del creyente.

Dios no nos ama solamente cuando somos fuertes. No permanece cerca únicamente cuando estamos sanos o llenos de energía. El Señor no abandona a sus hijos cuando el cuerpo se debilita. Muchas veces, precisamente en medio de la fragilidad, el creyente descubre dimensiones más profundas de dependencia y comunión con Dios.

La autosuficiencia humana suele alejarnos silenciosamente del Señor. Cuando sentimos que controlamos todo, fácilmente olvidamos nuestra necesidad diaria de gracia. Pero la debilidad tiene una capacidad única para romper ilusiones de independencia y hacernos volver al lugar de dependencia espiritual.

Pablo comprendió esto profundamente. Después de clamar varias veces para que su “aguijón” fuera quitado, recibió esta respuesta divina: ***“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”*** (2 Corintios 12:9). Observe el lenguaje del Reino: el poder de Dios no siempre se manifiesta eliminando inmediatamente la debilidad; muchas veces se manifiesta sosteniendo sobrenaturalmente al creyente dentro de ella.

La cultura moderna adora la perfección exterior. El Reino de Dios, en cambio, trabaja profundamente en el interior del hombre. Mientras el mundo glorifica cuerpos fuertes y exitosos, Dios mira corazones rendidos, humildes y dependientes.

Esto no significa despreciar el cuidado físico. El cuerpo sigue siendo creación de Dios y templo del Espíritu Santo. Debemos cuidarlo responsablemente, descansar correctamente, alimentarnos con sabiduría y valorar los recursos médicos disponibles. Pero también debemos aceptar humildemente que ningún ser humano puede escapar completamente de la fragilidad de esta vida presente.

El envejecimiento es parte de esa realidad. Con el paso de los años, las fuerzas disminuyen. El cuerpo cambia. Aparecen limitaciones que antes no existían. Muchas personas atraviesan crisis profundas porque toda su identidad estaba construida alrededor de la fuerza física, la apariencia o la productividad. Pero el creyente aprende que su valor no depende de la perfección de su cuerpo, sino de su unión con Cristo.

La sociedad actual teme desesperadamente envejecer porque vive obsesionada con lo temporal. El evangelio, en cambio, enseña a mirar hacia la eternidad. Pablo escribió: ***“Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día”*** (2 Corintios 4:16). Qué esperanza tan gloriosa. El cuerpo puede

deteriorarse, pero el espíritu puede fortalecerse continuamente en Dios.

Muchos de los creyentes más maduros espiritualmente desarrollaron una profundidad extraordinaria precisamente atravesando procesos de debilidad, dolor o limitación. Hay dimensiones de la gracia divina que solamente se descubren cuando las fuerzas humanas comienzan a agotarse.

La fragilidad también nos recuerda constantemente que esta tierra no es nuestro destino final. No debemos vivir aferrados desesperadamente a esta vida presente. Nuestra esperanza suprema no es conservar eternamente un cuerpo temporal, sino recibir finalmente un cuerpo glorificado e incorruptible cuando Cristo complete la redención de todas las cosas.

Mientras tanto, caminamos entre debilidades humanas y fortaleza espiritual. A veces el cuerpo se cansa mientras el alma continúa siendo sostenida por la presencia de Dios. A veces las fuerzas físicas disminuyen, pero la comunión con Cristo se vuelve más profunda que nunca. Y es allí donde descubrimos una verdad maravillosa: la gracia de Dios no depende de nuestra perfección física.

El amor del Padre permanece estable aun cuando el cuerpo se debilita. La presencia del Espíritu Santo continúa cercana aun en medio de la enfermedad, y Cristo sigue siendo suficiente incluso cuando la fragilidad humana nos recuerda diariamente cuánto necesitamos depender de Él.

PARTE II

JESÚS Y LOS ENFERMOS

Capítulo cuatro

EL CORAZÓN COMPASIVO DE JESUCRISTO

“Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos”.

Mateo 14:14

Si existe algo que resplandece con absoluta claridad a lo largo de los evangelios, es la manera en que Jesús se acercaba a las personas quebrantadas. Cristo nunca fue indiferente al sufrimiento humano. Nunca observó el dolor con frialdad religiosa ni trató a los enfermos como una carga incómoda. Allí donde otros veían impureza, fracaso o rechazo, Jesús veía personas necesitadas de misericordia. El corazón del Señor siempre se inclinó hacia el herido, hacia el olvidado, hacia el débil y hacia aquel que cargaba sobre sí años de dolor silencioso.

Esto resulta profundamente importante porque muchas personas que atraviesan enfermedades terminan desarrollando una imagen equivocada de Dios. Algunos

comienzan a pensar que el Señor está distante, decepcionado o molesto con ellos. Otros sienten vergüenza de acercarse a Dios en medio de sus luchas físicas, como si la debilidad humana disminuyera el amor del Padre. Pero cuando contemplamos a Jesucristo en los evangelios descubrimos exactamente lo contrario.

Él no se alejaba del sufrimiento; caminaba hacia los necesitados. **Mateo 9:36** dice: ***“Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor”***. La palabra compasión en los evangelios no describe una emoción superficial. Habla de una conmoción profunda del corazón. Cristo no observaba el dolor humano desde la distancia; lo sentía profundamente. El sufrimiento de las personas tocaba su corazón. Esto puede parecer sencillo, pero encierra una verdad inmensa: Dios no es indiferente al dolor humano.

Hay creyentes que, en medio de largas enfermedades o procesos difíciles, sienten que el cielo guarda silencio y comienzan a interpretar ese silencio como abandono. Pero el silencio de Dios jamás significa ausencia de amor. Aun cuando no comprendemos completamente sus caminos, el corazón del Padre continúa lleno de compasión hacia sus hijos.

Los evangelios muestran constantemente a Jesús rodeado de enfermos, quebrantados y marginados. Ciegos clamando al borde del camino. Paralíticos cargados por sus amigos. Leprosos excluidos socialmente. Mujeres

consumidas por años de enfermedad. Padres desesperados por sus hijos. Personas agotadas física y emocionalmente. Y en medio de todos ellos aparece Jesucristo manifestando la ternura del Reino de Dios.

Uno de los episodios más conmovedores ocurre cuando un leproso se acerca a Jesús diciendo: ***“Señor, si quieres, puedes limpiarme”*** (Mateo 8:2). Aquella escena posee una profundidad enorme. La lepra no solamente destruía el cuerpo; destruía también la vida social y emocional de la persona. El leproso era apartado, rechazado y considerado impuro. Vivía aislado del contacto humano. Nadie quería tocarlo. Sin embargo, el evangelio declara algo extraordinario: ***“Jesús extendió la mano y le tocó”*** (Mateo 8:3).

Antes incluso de pronunciar palabra alguna, Cristo tocó al hombre que todos evitaban tocar. Qué revelación tan poderosa del corazón de Dios. El Señor no solamente tenía poder para sanar; tenía disposición para acercarse al quebrantado y devolverle la honra que la enfermedad le había quitado. Mientras la religión levantaba barreras, Jesús acercaba misericordia. Mientras otros veían contaminación, Cristo veía una vida necesitada de restauración.

Muchos creyentes enfermos necesitan volver a comprender esta verdad. La enfermedad puede aislar emocionalmente a las personas. Algunos sienten que se convierten en una carga para otros. Otros atraviesan soledad, incomprensión o agotamiento interior. Pero jamás deben

olvidar que Cristo continúa acercándose al quebrantado con la misma compasión que mostró en los evangelios.

El Señor nunca humilló públicamente a un enfermo; nunca utilizó el dolor humano para exhibir superioridad espiritual; nunca trató a las personas como simples casos doctrinales. Él veía individuos, historias, lágrimas y corazones, por eso se compadecía de ellos.

El ministerio de Jesucristo estaba profundamente marcado por la misericordia. **Mateo 14:14** declara: ***“Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos”***. Observe nuevamente el orden: primero compasión, luego milagro. El poder de Dios fluía desde el amor de Dios.

Esto es fundamental para entender correctamente el ministerio de sanidad. Los milagros jamás fueron simples demostraciones de poder destinadas a impresionar multitudes. Eran expresiones visibles de la compasión divina irrumpiendo sobre el sufrimiento humano. Cada sanidad revelaba algo acerca del corazón del Padre.

Sin embargo, también es importante comprender que Jesús no eliminó inmediatamente todo sufrimiento existente en el mundo. Aunque hizo innumerables milagros, todavía había enfermos en Israel después de su ministerio terrenal. Cristo no vino solamente a mejorar temporalmente las condiciones humanas; vino a inaugurar el Reino de Dios y abrir el camino hacia la redención eterna.

Los milagros eran señales del Reino venidero, son anticipos gloriosos de la restauración futura que alcanzará plenitud total cuando todas las cosas sean finalmente sometidas bajo el gobierno eterno de Cristo, pero las sanidades no son una constante irrevocable en el pueblo de Dios. Los cristianos seguimos padeciendo de algunas enfermedades y sin excepción la muerte física.

Por eso aun cuando la sanidad no llega inmediatamente, el corazón compasivo de Jesús permanece intacto. El creyente no debe medir el amor de Dios únicamente por resultados visibles inmediatos. El amor del Padre ya fue demostrado supremamente en la cruz, más allá de todo milagro de sanidad.

Isaías había profetizado acerca del Mesías diciendo: ***“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores”*** (Isaías 53:4). Cristo no vino a observar el sufrimiento desde lejos; entró en él. El Hijo de Dios experimentó rechazo, angustia, agotamiento, dolor físico y quebranto emocional. En la cruz cargó sobre sí no solamente el pecado, sino también el peso del sufrimiento de una humanidad caída.

Por eso **Hebreos 4:15** afirma: ***“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades”***. Jesús comprende el dolor humano desde la experiencia misma de haber habitado nuestra condición. Debemos comprender que hay algo profundamente consolador en esto.

El cristiano que sufre no clama a un Dios distante e incapaz de comprenderlo. Clama al Padre en el nombre de Jesucristo, quien conoció el dolor, el cansancio, la angustia y el sufrimiento. El Señor entiende lágrimas que otros no entienden. Comprende silencios, noches difíciles y luchas interiores que muchas veces nadie más puede percibir.

Incluso cuando Marta y María lloraban la muerte de Lázaro, Jesús lloró junto a ellas. Aunque sabía que estaba a punto de resucitarlo, igualmente participó del dolor humano presente en aquel momento. **Juan 11:35** contiene una de las frases más breves y más profundas del evangelio: “**Jesús lloró**”. Esto es muy conmovedor, porque vemos al Salvador llorando con los que lloran.

Qué diferente es Cristo de ciertas expresiones religiosas frías y endurecidas. Hay ambientes espirituales donde el sufrimiento humano es tratado con fórmulas rápidas, respuestas superficiales o frases vacías. Pero Jesús jamás actuó así. Él sabía detenerse frente al dolor de las personas. No les decía que si tenían fe serían sanados, pero de lo contrario permanecerían en la misma condición.

A veces el creyente enfermo no necesita primero una explicación teológica; necesita recordar que Dios continúa amándolo profundamente. Necesita no dudar del amor de Dios; necesita volver a contemplar el rostro compasivo de Jesucristo; necesita comprender que el Señor permanece cerca aun cuando el milagro tarda.

El enemigo intentará constantemente deformar la imagen de Dios durante los procesos de sufrimiento. Pretenderá hacer creer al creyente que ha sido olvidado, rechazado o abandonado. Pero las Escrituras declaran exactamente lo contrario.

“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”.

Romanos 8:37 al 39

Y muchas veces, en medio de la fragilidad, los cristianos descubrimos dimensiones más profundas de intimidad con Cristo que jamás habríamos conocido en tiempos de comodidad. Hay comuniones que nacen en el valle. Hay revelaciones del amor de Dios que solamente son comprendidas en medio de la debilidad.

El Señor sigue siendo el mismo, Él sigue acercándose al quebrantado, sigue sosteniendo al cansado, sigue teniendo compasión del herido, y aunque no siempre comprendamos completamente sus tiempos o sus caminos, podemos descansar en una verdad eterna e inmutable: el corazón de Cristo continúa lleno de misericordia hacia aquellos que sufren.

Capítulo cinco

LA SANIDAD DIVINA EN LA BIBLIA

“Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias”.

Salmos 103:2 y 3

Hablar equilibradamente acerca del sufrimiento jamás debe llevarnos a negar el poder sobrenatural de Dios. La existencia del dolor humano no elimina la realidad de la sanidad divina. A lo largo de toda la Escritura encontramos un Dios que interviene, restaura, libera y manifiesta su poder sobre la enfermedad. La Biblia no presenta a un Dios indiferente o incapaz de obrar milagros; revela a un Señor soberano cuyo poder trasciende las limitaciones naturales y cuya misericordia muchas veces se manifiesta trayendo restauración al cuerpo humano.

Por eso, mientras avanzamos en este tema, es fundamental evitar dos extremos peligrosos. El primero es el triunfalismo irresponsable que promete sanidad automática

para todos en todo momento y termina produciendo culpa y frustración cuando eso no ocurre. El segundo es el escepticismo frío que prácticamente elimina toda expectativa sobrenatural y reduce la vida cristiana a una experiencia puramente racional. Ambos extremos deforman el equilibrio de las Escrituras.

La Biblia enseña claramente que Dios sana. Desde el Antiguo Testamento hasta el Nuevo Pacto, encontramos repetidas manifestaciones de la intervención divina sobre la enfermedad y el sufrimiento físico. En **Éxodo 15:26**, el Señor declara: *“Yo soy Jehová tu sanador”*. Aquella revelación mostraba un aspecto del carácter de Dios hacia su pueblo. Él no era solamente el Dios creador o legislador; también era el Dios que podía traer restauración.

A lo largo del Antiguo Testamento aparecen múltiples episodios donde Dios interviene sobrenaturalmente. María fue sanada de lepra después de la intercesión de Moisés. Naamán fue limpiado de su lepra al obedecer la palabra profética de Eliseo. Ezequías recibió quince años adicionales de vida después de clamar al Señor en medio de su enfermedad. Incluso en medio de un pacto todavía incompleto y preparatorio, ya se manifestaba la misericordia sanadora de Dios.

Sin embargo, es en Jesús donde la revelación de la compasión divina alcanza su máxima expresión. Los evangelios están llenos de escenas donde Cristo sana enfermos, libera oprimidos y restaura vidas quebrantadas.

Ciegos recuperando la vista, paralíticos levantándose, leprosos siendo limpiados, sordos oyendo nuevamente, personas atormentadas siendo liberadas. La presencia de Jesús traía vida donde antes había dolor y desesperanza.

Mateo 15:30 y 31 relata: *“Y se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó”*. Qué escena tan gloriosa. El Reino de Dios irrumpiendo sobre la miseria humana. Cristo demostrando que el poder del cielo era superior a la enfermedad, a la opresión y al sufrimiento.

Los milagros de Jesús no eran actos aislados destinados solamente a generar admiración. Eran señales visibles de que el Reino de Dios había llegado. Cada sanidad anunciaba proféticamente una restauración mayor y definitiva que un día alcanzará toda la creación.

Cuando Jesús sanaba, estaba mostrando cómo será el Reino consumado donde ya no existirá dolor, enfermedad ni muerte. Es decir, ante esas sanidades debemos comprender correctamente algo muy importante: las sanidades realizadas por Cristo no significaban todavía la eliminación total de toda enfermedad en el mundo presente. Los milagros eran anticipos del Reino venidero, no la consumación completa y final de todas las cosas.

Muchos problemas doctrinales modernos nacen precisamente cuando las personas confunden anticipación

con consumación. El Reino ya está entre nosotros, pero lo perfecto llegará con la venida del Señor. El Reino se manifiesta, Dios sigue sanando, y el Espíritu Santo continúa obrando milagros, pero todavía vivimos en un mundo caído donde la redención total del cuerpo espera su manifestación final. Pablo lo dijo muy bien:

“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.”

1 Corintios 15:53 y 54

Por eso la vida cristiana se desarrolla en una tensión constante entre el “ya” y el “todavía no”. Ya hemos visto el poder del Reino manifestarse, pero todavía esperamos la restauración completa y definitiva.

Después de la resurrección de Cristo, el libro de Hechos continúa mostrando sanidades sobrenaturales obradas por medio de los apóstoles. Pedro y Juan levantaron al paralítico junto a la puerta del templo. Pablo vio milagros extraordinarios ocurrir durante su ministerio. Enfermos eran sanados y oprimidos liberados mediante el poder del Espíritu Santo.

El evangelio jamás fue un mensaje meramente intelectual; siempre estuvo acompañado de demostraciones

del poder de Dios. **Marcos 16:17 y 18** declara: ***“Y estas señales seguirán a los que creen... sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán”***. **Santiago 5:14 y 15** también enseña claramente acerca de la oración por los enfermos dentro de la Iglesia: ***“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él... y la oración de fe salvará al enfermo”***.

La Iglesia debe seguir creyendo en la sanidad divina, debe seguir orando por los enfermos, debe seguir esperando milagros, debe seguir creyendo que el Espíritu Santo tiene poder para intervenir sobrenaturalmente. No debemos permitir que la incredulidad disfrazada de madurez espiritual termine apagando la expectativa del obrar de Dios.

Al mismo tiempo, debemos tener cuidado de no transformar la sanidad en una especie de obligación automática que Dios debe ejecutar siempre según nuestras expectativas humanas. La Biblia jamás presenta la sanidad como una fórmula manipulable. Los milagros no ocurren porque el ser humano controle a Dios mediante técnicas espirituales o declaraciones humanas. El Señor continúa siendo soberano.

Aquí es donde muchos han sufrido profundas frustraciones. Algunos ambientes cristianos han presentado la fe como si fuera un mecanismo garantizado para obtener cualquier resultado deseado. Se ha enseñado que basta “declarar”, “confesar” o “activar” algo para que

necesariamente ocurra. Pero las Escrituras nunca reducen la fe a una herramienta de control espiritual.

La verdadera fe no coloca al hombre en el centro, coloca a Cristo en el centro. La fe genuina confía en el poder de Dios, pero también descansa en su soberanía. La fe ora fervientemente por sanidad, pero no convierte a Dios en esclavo de las expectativas humanas.

Esto es profundamente importante porque hay creyentes que aman sinceramente al Señor y aun así atraviesan procesos donde la sanidad no llega de la manera esperada. Algunos fueron enseñados a creer que, si oraban correctamente o tenían suficiente fe, necesariamente obtendrían el milagro inmediato. Cuando eso no sucede, aparecen culpa, confusión y desilusión espiritual.

Pero la existencia de casos donde la sanidad tarda o no ocurre inmediatamente no invalida la realidad de la sanidad divina. “Dios sigue sanando hoy”.

Existen innumerables testimonios genuinos de restauraciones sobrenaturales, diagnósticos revertidos, enfermedades desapareciendo y milagros extraordinarios realizados por el poder del Espíritu Santo. La Iglesia no debe abandonar la expectativa sobrenatural. Cristo sigue teniendo autoridad sobre toda enfermedad.

Sin embargo, el creyente maduro aprende que la fe no se sostiene únicamente sobre resultados visibles inmediatos.

Nuestra confianza está en la persona de Cristo, no solamente en circunstancias favorables.

A veces Dios sana instantáneamente, a veces utiliza procesos médicos, a veces obra gradualmente, y en otras ocasiones sostiene al creyente con gracia sobrenatural en medio de procesos que no comprendemos completamente, pero en todos los casos, el Señor permanece siendo fiel.

Uno de los errores más peligrosos de algunos movimientos modernos es haber transformado la sanidad en el centro absoluto del evangelio. El evangelio no gira alrededor del cuerpo humano; gira alrededor de Jesucristo. La mayor necesidad del hombre no era simplemente tener un cuerpo sano, sino ser reconciliado con Dios y ser introducidos a la vida del Reino.

Jesús sanó multitudes, pero también predicó arrepentimiento, perdón y salvación eterna. De nada serviría poseer un cuerpo temporalmente sano y permanecer eternamente separado de Dios. La cruz continúa siendo el centro del evangelio, y precisamente desde la cruz fluye tanto la salvación eterna como toda expresión de gracia, misericordia y restauración divina.

Nosotros podemos orar con fe por sanidad porque sabemos que Dios tiene poder, podemos clamar esperando milagros porque el Señor continúa obrando, podemos acercarnos con confianza al trono de la gracia porque Cristo abrió el camino, pero aun cuando la respuesta no llegue de la

manera esperada, jamás debemos concluir que Dios dejó de amarnos, que no nos escucha, o que el evangelio ha perdido el poder para impartir sanidad.

El Reino de Dios es mucho más profundo que una experiencia centrada solamente en resultados visibles temporales. Nuestra esperanza suprema sigue siendo Cristo mismo, y aunque hoy experimentamos apenas anticipos gloriosos de su Reino, llegará el día en que toda enfermedad desaparecerá definitivamente bajo el gobierno eterno del Rey de reyes.

Capítulo seis

LA FE Y LA SANIDAD

“La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará. Y si ha cometido pecados, sus pecados se le perdonarán.”

Santiago 5:15 NVI

Pocas palabras han sido tan utilizadas dentro del cristianismo moderno como la palabra fe, y sin embargo, pocas veces ha sido tan mal comprendida. En muchos ambientes se ha presentado la fe casi como una fuerza emocional capaz de garantizar automáticamente cualquier resultado deseado, especialmente en relación con la sanidad física.

Se ha enseñado a las personas que, si creen lo suficiente, necesariamente serán sanadas; y si la sanidad no llega, entonces el problema debe encontrarse en una supuesta falta de fe. Esta manera de interpretar las Escrituras ha producido no solamente confusión doctrinal, sino también heridas muy profundas en creyentes sinceros que aman a

Dios, oran con todo su corazón y aun así continúan atravesando procesos de enfermedad y sufrimiento.

La fe bíblica, sin embargo, es mucho más profunda que una simple expectativa emocional de obtener algo. La verdadera fe no nace del deseo humano de controlar circunstancias, sino de la revelación de quién es Dios.

La fe genuina no está centrada principalmente en los resultados, sino en la persona de Cristo. Por eso **Hebreos 11:1** declara que *“la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”*. No se trata de una ilusión psicológica ni de una negación artificial de la realidad, sino de una confianza profunda en el carácter, el poder y la fidelidad de Dios aun cuando las circunstancias visibles todavía no hayan cambiado.

A lo largo de los evangelios vemos que Jesús honró la fe de muchas personas que se acercaban buscando sanidad. El ciego Bartimeo clamó persistentemente hasta recibir la vista. La mujer con flujo de sangre tocó el borde del manto de Cristo creyendo que sería sana.

El centurión romano expresó una confianza extraordinaria en la autoridad del Señor diciendo: *“Solamente di la palabra, y mi criado sanará”* (Mateo 8:8). En todos estos casos, la fe aparece como una actitud innegable de confianza y dependencia hacia Cristo.

Sin embargo, es importante observar cuidadosamente que Jesús jamás transformó la fe en un sistema de presión espiritual. Nunca colocó sobre los enfermos una carga insoportable haciéndolos responsables absolutos de obtener su milagro. Cristo no trataba a las personas sufrientes como proyectos de rendimiento espiritual. Su corazón estaba lleno de misericordia, no de exigencias crueles.

Hoy, lamentablemente, algunos creyentes viven bajo una tensión constante porque sienten que deben “producir” suficiente fe para obtener respuestas de Dios. Se esfuerzan emocionalmente, intentan convencerse a sí mismos, reprimen lágrimas, niegan sus luchas humanas y terminan confundiendo fe con autosugestión emocional. Pero la fe bíblica no consiste en negar la realidad del dolor ni en fingir fortaleza permanente. La fe verdadera puede coexistir incluso con lágrimas, preguntas y debilidad humana.

Cuando el padre del muchacho atormentado se acercó a Jesús, pronunció una de las oraciones más honestas de toda la Escritura: ***“Creo; ayuda mi incredulidad”*** (Marcos 9:24). Aquella expresión revela algo profundamente humano. Este hombre sí tenía fe, pero también luchaba internamente con dudas y angustia. Y aun así, Jesús no lo rechazó. El Señor respondió a su necesidad con misericordia.

Qué diferente es esto de ciertos ambientes donde cualquier lucha emocional es interpretada automáticamente como ausencia total de fe. La Biblia muestra repetidamente que hombres y mujeres genuinamente piadosos atravesaron

momentos de temor, debilidad y conflicto interior. David lloró, Jeremías se quebrantó emocionalmente, Elías cayó en agotamiento profundo y aun Pablo habló de tribulaciones que lo hicieron sentir ***“sobremanera agravado más allá de sus fuerzas”*** (2 Corintios 1:8). Sin embargo, ninguno de ellos dejó de pertenecer a Dios por experimentar fragilidad humana.

Uno de los problemas más graves del triunfalismo espiritual moderno es que ha reducido la fe a una herramienta para evitar el sufrimiento, cuando en realidad las Escrituras muestran que la fe también sostiene al creyente dentro del sufrimiento. **Hebreos 11**, el gran capítulo de la fe, no solamente menciona victorias milagrosas; también habla de hombres y mujeres que atravesaron persecuciones, cárceles, tormentos y dolores sin abandonar su confianza en Dios. Algunos ***“taparon bocas de leones”***, pero otros fueron ***“apedreados, aserrados, puestos a prueba”*** (Hebreos 11:33 y 37). Todos ellos son presentados igualmente como hombres y mujeres de fe.

Esto cambia completamente la perspectiva. La fe no es auténtica solamente cuando produce un milagro visible; también es verdadera cuando permanece firme en medio del valle. Hay una fe que celebra la sanidad, pero también existe una fe que continúa adorando mientras el cuerpo sigue débil. Existe una fe que recibe respuestas inmediatas, y otra que aprende a caminar sostenida por la gracia mientras espera sin comprender completamente los tiempos de Dios.

Muchos creyentes han sido dañados porque se les enseñó que toda enfermedad prolongada necesariamente evidencia incredulidad. Bajo esa presión, algunos comienzan a vivir atormentados intentando descubrir qué “falla espiritual” impide su milagro. En vez de descansar en el amor de Dios, terminan esclavizados por introspecciones enfermizas y condenación constante. Pero la relación entre fe y sanidad en la Biblia jamás fue presentada de manera tan simplista.

Pablo, uno de los hombres con mayor revelación espiritual del Nuevo Testamento, dejó enfermo a Trófimo en Mileto (**2 Timoteo 4:20**). Timoteo padecía frecuentes enfermedades. El mismo Pablo convivió con un ***“aguijón en la carne”*** respecto del cual oró varias veces sin recibir la respuesta que esperaba. Nada de esto disminuye el poder de Dios ni invalida la realidad de los milagros; simplemente nos recuerda que los caminos divinos son más profundos de lo que muchas veces el ser humano pretende reducir mediante fórmulas.

La fe madura aprende a descansar no solamente en el poder de Dios, sino también en su soberanía. Confía plenamente en que el Señor puede sanar, pero al mismo tiempo reconoce humildemente que los tiempos y propósitos divinos trascienden nuestra comprensión limitada.

Jesús mismo, en Getsemaní, expresó esta realidad cuando dijo: ***“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”*** (Mateo 26:39).

Allí vemos una rendición perfecta a la voluntad del Padre aun en medio del sufrimiento más intenso.

Esto resulta fundamental para comprender la diferencia entre fe y presión emocional. La presión emocional intenta producir resultados mediante esfuerzo humano. La fe verdadera descansa en Dios aun cuando no logra controlar el resultado.

La presión emocional vive obsesionada con mantener una apariencia de victoria constante. La fe genuina puede reconocer debilidad sin dejar de confiar. La presión emocional convierte el evangelio en una exigencia insoportable de perfección espiritual. La fe bíblica conduce al creyente hacia una dependencia más profunda de la gracia.

Hay personas que, en medio de enfermedades difíciles, sienten que deben mostrarse permanentemente fuertes para no ser acusadas de incredulidad. Se obligan a sonreír mientras internamente están agotadas. Reprimen sus emociones pensando que cualquier expresión de dolor sería señal de derrota espiritual. Pero los Salmos muestran otra realidad completamente distinta. David derramaba su alma delante de Dios con absoluta honestidad. Clamaba, lloraba, preguntaba y aun así permanecía unido al Señor.

La fe auténtica no necesita fingir invulnerabilidad. De hecho, muchas veces la fe más profunda aparece precisamente cuando el creyente continúa aferrándose a Cristo en medio de su fragilidad. Cuando ya no quedan

fuerzas humanas, cuando las respuestas parecen tardar y cuando el dolor continúa presente, pero aun así el corazón decide seguir confiando en el Señor, allí se manifiesta una fe madura que el cielo honra profundamente.

Esto no significa adoptar una actitud pasiva o resignada frente a la enfermedad. El creyente puede y debe orar por sanidad, buscar el rostro de Dios, esperar milagros y confiar en el poder del Espíritu Santo. Pero al mismo tiempo debe aprender que su comunión con Dios no puede depender exclusivamente de obtener aquello que espera. Cristo sigue siendo digno de confianza aun cuando atravesamos procesos que no entendemos completamente.

El mayor peligro de una fe centrada solamente en resultados es que termina debilitándose cuando las circunstancias no cambian rápidamente. En cambio, la fe centrada en Cristo permanece firme porque descansa en el carácter inmutable del Señor y no solamente en experiencias visibles inmediatas.

Por eso Pablo podía declarar: ***“Porque sé a quién he creído” (2 Timoteo 1:12)***. Observe que no dijo simplemente “sé lo que recibiré”, sino ***“sé a quién he creído”***. Allí está el corazón verdadero de la fe bíblica. Nuestra seguridad más profunda no descansa en controlar el mañana, sino en conocer al Dios que sostiene nuestra vida. Y aun cuando el cuerpo se debilita o el milagro tarda, podemos seguir caminando sostenidos por una certeza eterna: Cristo continúa siendo fiel, bueno y suficiente.

PARTE III

CUANDO LA SANIDAD NO LLEGA

Capítulo siete

PABLO Y EL MISTERIO DEL AGUIJÓN

“Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee... respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”.

2 Corintios 12:7 al 9

Entre todos los pasajes bíblicos que confrontan las ideas simplistas acerca de la fe, la sanidad y el sufrimiento, pocos poseen tanta profundidad como la experiencia del apóstol Pablo con su llamado *“aguijón en la carne”*. Este episodio no solamente revela la humanidad del gran apóstol, sino también una de las verdades espirituales más difíciles de aceptar para el corazón humano: existen momentos en los que Dios, aun teniendo poder para remover inmediatamente una aflicción, decide manifestar su gloria sosteniendo al creyente en medio de ella.

Vivimos en una generación acostumbrada a buscar soluciones rápidas para todo. La cultura moderna rechaza el dolor, evita la incomodidad y considera el sufrimiento como algo completamente incompatible con una vida bendecida. Esa mentalidad, lamentablemente, también ha penetrado en muchos sectores de la Iglesia. Algunos han llegado a pensar que mientras mayor sea la fe de una persona, menos debilidad experimentará en su vida. Sin embargo, la experiencia de Pablo destruye completamente esa idea.

Estamos hablando del hombre que recibió revelaciones extraordinarias, que vio milagros poderosos, que levantó iglesias, que resucitó muertos y que experimentó dimensiones profundas del Espíritu Santo. Y aun así, ese mismo hombre convivió con una aflicción persistente que Dios no quitó de inmediato.

Las palabras de Pablo en **2 Corintios 12:7 al 9**, poseen una profundidad inmensa y nos obligan a abandonar muchas interpretaciones superficiales del sufrimiento cristiano. Lo primero que debemos notar es que Pablo no niega su dolor ni finge que la aflicción no existe. Él habla de algo real, persistente y lo suficientemente intenso como para llevarlo a orar repetidamente pidiendo liberación. El gran apóstol también conoció el peso de la debilidad humana.

Durante siglos se ha debatido cuál era exactamente ese “*aguijón*”. Algunos creen que se trataba de una enfermedad física, posiblemente relacionada con problemas visuales. Otros piensan en persecuciones constantes o ataques

espirituales específicos. Pero curiosamente, el Espíritu Santo no dejó detallada la naturaleza exacta del aguijón, quizás porque el propósito principal del pasaje no era describir la aflicción en sí, sino revelar lo que Dios produce en medio de ciertas debilidades que decide no remover inmediatamente.

Y aquí aparece una de las verdades más difíciles para el orgullo humano: Dios no siempre actúa según nuestras expectativas inmediatas, aun cuando nuestras peticiones sean sinceras.

Pablo oró. No una vez, sino varias veces. Buscó al Señor intensamente. Sin embargo, la respuesta divina no fue la eliminación inmediata de la aflicción, sino una revelación más profunda de la suficiencia de la gracia. ***“Bástate mi gracia”***. Qué respuesta tan desconcertante para una mentalidad centrada exclusivamente en resultados visibles. Pablo pidió liberación, pero Dios respondió hablando de gracia. El apóstol pidió que la debilidad desapareciera, y el Señor respondió mostrando que incluso en medio de ella podía manifestarse un poder superior.

Esto no significa que Dios disfrute viendo sufrir a sus hijos. Tampoco implica que debemos buscar el dolor como si fuese una virtud espiritual en sí misma. El mismo Pablo pidió ser librado. La Biblia jamás glorifica enfermizamente el sufrimiento. Pero sí revela que existen procesos donde el Señor obra más profundamente en el interior del hombre a través de la dependencia que produce la fragilidad.

La autosuficiencia es uno de los mayores enemigos de la vida espiritual. El ser humano caído tiende naturalmente a confiar en su propia capacidad, en sus recursos, en su inteligencia y en sus fuerzas. Incluso en el ministerio cristiano existe el peligro de que una persona comience a apoyarse más en la experiencia, en la revelación o en los resultados visibles que en una dependencia continua de Dios. Por eso Pablo reconoce que aquel aguijón tenía también el propósito de impedir que se exaltara desmedidamente a causa de las extraordinarias revelaciones recibidas.

Qué diferente es la lógica del Reino respecto de la lógica humana. Nosotros muchas veces pensamos que el poder se manifiesta eliminando toda debilidad. Dios, en cambio, muestra que su poder puede perfeccionarse precisamente en medio de la debilidad humana. Esto no exalta el sufrimiento en sí mismo; exalta la suficiencia de la gracia divina.

La expresión “mi poder se perfecciona en la debilidad” revela que existen dimensiones del obrar de Dios que solamente pueden manifestarse plenamente cuando el hombre deja de confiar completamente en sí mismo. Hay fortalezas espirituales que nacen en lugares donde el orgullo humano se rompe. Hay intimidades con Dios que florecen en temporadas donde las fuerzas naturales comienzan a agotarse.

Muchos creyentes viven luchando desesperadamente por aparentar fortaleza permanente. Temen reconocer

cansancio, dolor o limitaciones porque creen que eso disminuiría su espiritualidad. Pero Pablo llegó a decir algo sorprendente: ***“Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”*** (2 Corintios 12:9). Observe que no se gloria en el pecado ni en la derrota, sino en reconocer honestamente su fragilidad para depender más profundamente de la gracia divina.

Esta es una enseñanza profundamente necesaria para la Iglesia actual. Vivimos rodeados de una cultura de apariencia, éxito y exhibición constante de fortaleza. Incluso dentro del ámbito cristiano, algunos líderes sienten la presión de mostrarse siempre victoriosos, siempre fuertes y siempre invulnerables. Pero la Biblia presenta otra realidad: hombres de Dios profundamente usados por el Señor y al mismo tiempo plenamente conscientes de su dependencia absoluta de la gracia.

Pablo jamás permitió que su aguijón definiera su identidad, pero tampoco fingió que no existía. Allí encontramos un equilibrio precioso. Algunos creyentes terminan obsesionados con su sufrimiento y convierten el dolor en el centro de toda su vida espiritual. Otros hacen exactamente lo contrario: niegan sus luchas internas intentando sostener una imagen artificial de perfección. Ninguno de los extremos refleja madurez espiritual.

La verdadera madurez consiste en aprender a caminar con honestidad delante de Dios, reconociendo tanto nuestra necesidad como la suficiencia de Cristo.

A veces el Señor sana instantáneamente. A veces remueve cargas de manera milagrosa. Pero también existen temporadas donde Dios decide formar algo más profundo en nuestro interior mientras nos sostiene mediante Su gracia. Y aunque esto resulte difícil de aceptar para nuestra naturaleza humana, muchas veces son precisamente esos procesos los que producen mayor quebrantamiento, humildad y dependencia espiritual.

No debemos olvidar que Pablo escribió algunas de las revelaciones más gloriosas del Nuevo Testamento mientras atravesaba enormes sufrimientos físicos, emocionales y espirituales. Sus cárceles produjeron epístolas. Sus lágrimas fortalecieron iglesias. Sus debilidades se transformaron en escenarios donde el poder de Cristo resplandeció con mayor claridad.

Esto cambia completamente la manera de interpretar ciertos procesos de la vida cristiana. La presencia de debilidad no siempre significa ausencia del favor de Dios. A veces, detrás de aquello que el hombre quisiera remover inmediatamente, el Señor está formando profundidad espiritual, dependencia genuina y una comunión más íntima con Él.

Hay creyentes que viven frustrados porque esperaban una vida cristiana libre de luchas prolongadas. Pensaban que después de conocer a Cristo todas las batallas desaparecerían automáticamente. Pero el evangelio nunca prometió ausencia total de debilidad en este mundo presente. Lo que sí prometió es una gracia suficiente para sostenernos en medio de ella. Y esa gracia no es una teoría doctrinal; es la presencia activa de Dios fortaleciendo al creyente día tras día.

Pablo descubrió que la verdadera fortaleza espiritual no consiste en jamás experimentar debilidad, sino en aprender a depender completamente de Cristo dentro de ella. Por eso pudo declarar finalmente: ***“Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:10)***. Qué paradoja tan gloriosa del Reino. La fuerza divina manifestándose precisamente donde las capacidades humanas llegan a su límite.

Allí, en el lugar donde el orgullo muere y la autosuficiencia se quiebra, podemos descubrir que la gracia de Dios realmente es suficiente.

Capítulo ocho

EVIDENCIA DE ENFERMOS EN LAS ESCRITURAS

Según esta perspectiva de que un creyente verdaderamente espiritual jamás debería permanecer enfermo, la permanencia de una enfermedad sería automáticamente evidencia de incredulidad, pecado oculto o ausencia del poder de Dios. Sin embargo, cuando observamos cuidadosamente las Escrituras descubrimos una realidad mucho más amplia, profunda y equilibrada. La Biblia muestra que incluso hombres fieles, útiles al Reino y profundamente llenos del Espíritu Santo atravesaron procesos de enfermedad y debilidad física sin que eso significara rechazo divino ni fracaso espiritual.

Esto resulta extremadamente importante porque muchas personas sinceras viven bajo una condenación innecesaria. Aman a Dios, sirven con fidelidad y buscan al Señor con todo su corazón, pero al mismo tiempo enfrentan luchas físicas prolongadas que no logran comprender. En lugar de recibir consuelo y acompañamiento, a veces terminan siendo observadas con sospecha espiritual, como si la enfermedad automáticamente descalificara su vida delante

de Dios. Pero el Nuevo Testamento jamás enseña semejante cosa.

Uno de los ejemplos más claros es el que ya mencioné anteriormente, pero vale la pena repetirlo, el caso de Timoteo. Estamos hablando de uno de los colaboradores más cercanos del apóstol Pablo, un hombre de fe, de buen testimonio y profundamente comprometido con la obra del Señor.

Pablo lo llamó ***“verdadero hijo en la fe”*** (1 Timoteo 1:2) y le confió enormes responsabilidades espirituales dentro de la Iglesia. Sin embargo, este mismo hombre padecía problemas físicos frecuentes. En 1 Timoteo 5:23, Pablo le escribe: ***“Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades”***.

La sencillez de este versículo posee una enorme profundidad doctrinal. Pablo no reprende a Timoteo por falta de fe. No lo acusa de vivir en pecado. No le dice que su enfermedad demuestra ausencia del poder de Dios. Tampoco intenta construir una teología complicada para explicar por qué aquel hombre seguía padeciendo dolencias físicas. Simplemente reconoce la realidad humana de su colaborador y le da un consejo práctico para cuidar su salud.

|Qué contraste tan fuerte con ciertos discursos modernos donde cualquier enfermedad prolongada es tratada inmediatamente como un problema espiritual oculto.

El caso de Trófimo resulta igualmente significativo. En **2 Timoteo 4:20**, Pablo declara: ***“A Trófimo dejé en Mileto enfermo”***. Este versículo, aunque breve, destruye muchas simplificaciones doctrinales. Pablo había visto milagros extraordinarios durante su ministerio. En Hechos leemos acerca de sanidades sobrenaturales y manifestaciones poderosas del Espíritu Santo a través de su vida. Y aun así, en este caso específico, Trófimo permaneció enfermo.

El texto no ofrece largas explicaciones. No intenta justificar la situación mediante fórmulas religiosas. Simplemente presenta la realidad tal como ocurrió. Esto debería enseñarnos humildad.

Hay asuntos relacionados con el sufrimiento humano que no pueden ser reducidos a sistemas rígidos de interpretación. Dios sigue sanando, haciendo milagros y manifestando su poder, pero eso no significa que cada creyente será librado inmediatamente de toda enfermedad en esta vida presente.

La existencia de creyentes enfermos dentro del Nuevo Testamento jamás fue presentada como un escándalo doctrinal. Incluso Epafrodito, otro colaborador fiel de la obra, estuvo gravemente enfermo. Pablo escribe acerca de él en **Filipenses 2:25 al 27** diciendo: ***“Pues en verdad estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él”***. Observe nuevamente el equilibrio de las Escrituras. Pablo reconoce la gravedad real de la enfermedad. No niega la situación ni intenta aparentar que todo estaba

perfectamente bien. Al mismo tiempo, reconoce la misericordia de Dios en medio del proceso.

La Biblia jamás enseña una espiritualidad artificial que niega la realidad humana. Sin embargo, muchos creyentes han sido enseñados a vivir fingiendo fortaleza permanente. Se sienten culpables por admitir cansancio, enfermedad o debilidad. Pero el evangelio no nos llama a actuar como seres invulnerables; nos llama a depender de Cristo dentro de nuestra humanidad.

Incluso algunos de los hombres más usados por Dios en las Escrituras atravesaron procesos físicos difíciles. Eliseo, uno de los profetas más poderosos del Antiguo Testamento, murió enfermo. **2 Reyes 13:14** declara: ***“Estaba Eliseo enfermo de la enfermedad de que murió”***. Resulta impactante pensar que un hombre mediante el cual ocurrieron milagros extraordinarios terminó sus días enfrentando una enfermedad física.

Sin embargo, la Escritura no presenta esto como contradicción ni como derrota espiritual. Eliseo no perdió su valor delante de Dios por enfermarse. Su utilidad profética no desapareció porque su cuerpo se debilitara. El poder de Dios manifestado en su vida no quedó invalidado por su fragilidad humana.

Qué importante es comprender esto correctamente, porque existe una tendencia muy peligrosa a medir la espiritualidad exclusivamente por condiciones externas

visibles. Algunos piensan que, si una persona realmente está llena de fe, entonces jamás debería experimentar debilidad física. Pero esa idea no resiste una lectura honesta de las Escrituras.

La realidad es que seguimos habitando cuerpos frágiles dentro de un mundo caído. El creyente posee vida eterna en Cristo, pero todavía espera la redención completa de su cuerpo. **Romanos 8:23** declara que nosotros mismos *“gemimos dentro de nosotros mismos, esperando... la redención de nuestro cuerpo”*. La salvación ya comenzó plenamente en el espíritu, pero la glorificación final aún no se ha manifestado completamente.

Por eso la vida cristiana se desarrolla constantemente entre la experiencia del poder del Reino y la realidad de la fragilidad humana. A veces el Señor sana milagrosamente; a veces sostiene a sus hijos a través de tratamientos, procesos médicos y cuidados naturales. Y en otras ocasiones permite temporadas de debilidad donde la gracia divina se vuelve aún más profunda y visible.

Lo importante es no convertir ninguno de estos escenarios en doctrinas extremas. Algunos, al observar casos donde la sanidad no llega inmediatamente, terminan cayendo en incredulidad y abandonan toda expectativa sobrenatural. Otros hacen exactamente lo contrario: niegan cualquier posibilidad de enfermedad persistente dentro de la vida cristiana y terminan condenando cruelmente a quienes sufren.

Pero las Escrituras caminan por un sendero mucho más equilibrado. Dios sana, pero también sostiene. Hace milagros, pero también acompaña procesos. Manifiesta poder sobrenatural, pero no elimina completamente la realidad de la fragilidad humana en este tiempo presente. Esto debería producir una Iglesia más compasiva y menos condenatoria.

Muchos creyentes enfermos cargan silenciosamente enormes pesos emocionales y espirituales. Algunos sienten vergüenza por continuar enfermos. Otros se preguntan constantemente qué están haciendo mal. Hay quienes viven agotados de escuchar fórmulas simplistas que intentan explicar un sufrimiento que muchas veces ni siquiera quienes aconsejan comprenden verdaderamente.

Pero Cristo jamás trató así a las personas quebrantadas. El Señor nunca despreció al débil. Nunca avergonzó al enfermo. Nunca convirtió la fragilidad humana en motivo de humillación espiritual. Por el contrario, los evangelios muestran repetidamente a Jesús acercándose con misericordia a quienes sufrían.

La Iglesia necesita recuperar ese mismo corazón pastoral, necesita aprender a acompañar sin juzgar apresuradamente, necesita comprender que la utilidad espiritual de una persona no desaparece porque el cuerpo se debilite.

Vivimos en una cultura obsesionada con la apariencia, la fuerza y el rendimiento. Incluso dentro de algunos ambientes cristianos, pareciera que solamente son valorados quienes proyectan éxito permanente y fortaleza constante. Pero el Reino de Dios muchas veces se manifiesta precisamente a través de vasos frágiles (**2 Corintios 4:7**) .

Muchas veces, precisamente en medio de las limitaciones físicas, surgen algunas de las expresiones más profundas de madurez espiritual. Hay creyentes que desde una cama de enfermedad continúan irradiando paz, fe y amor por Cristo de una manera que desafía profundamente a quienes los rodean. Hay hombres y mujeres cuyo cuerpo se debilita mientras su comunión con Dios se vuelve más intensa que nunca, porque el Reino no depende exclusivamente de la fuerza física humana.

La obra más profunda del Espíritu Santo ocurre en el interior del hombre, y aunque nuestro cuerpo pueda desgastarse, nosotros seguimos siendo plenamente amados, sostenidos y utilizados por Dios mientras permanecemos gloriosamente unidos a Cristo.

Capítulo nueve

CUANDO DIOS NO RESPONDE

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice el Señor. Como más altos son los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”.

Isaías 55:8 y 9

Uno de los momentos más difíciles en la vida de un creyente ocurre cuando las oraciones parecen no recibir la respuesta esperada. Pocas experiencias producen tanta confusión interior como clamar sinceramente delante de Dios, esperar con fe, confiar durante largo tiempo... y aun así continuar viendo el dolor, la enfermedad o la situación sin cambios visibles inmediatos. En esos momentos el corazón humano entra en una lucha profunda entre lo que sabe acerca de Dios y lo que está experimentando en la realidad presente.

La mayoría de las personas no tiene dificultad para creer mientras las respuestas llegan rápidamente. Resulta más

sencillo confiar cuando los milagros ocurren según nuestros tiempos y expectativas. Pero la fe madura se revela verdaderamente cuando el cielo parece guardar silencio y debemos continuar caminando sin comprender completamente lo que Dios está haciendo.

Muchos hijos de Dios han atravesado esta experiencia a lo largo de la historia bíblica. David clamó repetidas veces en medio de la angustia diciendo: “*¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre?*” (Salmo 13:1). Jeremías lloró profundamente frente al dolor y la devastación. Habacuc preguntó por qué Dios parecía demorar su intervención. Incluso hombres llenos de fe experimentaron temporadas donde las respuestas no llegaron de la manera esperada.

Esto es importante comprenderlo, por esto lo reitero, porque algunos creyentes sienten culpa simplemente por atravesar momentos de lucha interior. Piensan que una fe genuina jamás debería experimentar preguntas, tristeza o cansancio emocional. Pero las Escrituras muestran exactamente lo contrario: hombres y mujeres profundamente usados por Dios también conocieron el peso de la espera y el misterio de ciertos silencios divinos.

El problema no siempre es la ausencia inmediata de respuestas; muchas veces el problema es que esperamos que Dios actúe exclusivamente según nuestra lógica, nuestros deseos y nuestros tiempos. El ser humano desea explicaciones rápidas, soluciones visibles y resultados

inmediatos. Pero el Señor obra desde una perspectiva eterna que trasciende enormemente nuestra comprensión limitada.

Estas palabras de **Isaías 55:8 y 9** que cité al comienzo del capítulo, no fueron dadas para alejarnos de Dios, sino para recordarnos humildemente que Su sabiduría es infinitamente superior a la nuestra. Muchas veces interpretamos el silencio divino como abandono, cuando en realidad Dios continúa obrando en dimensiones que todavía no podemos percibir.

Esto no elimina el dolor emocional de la espera. Hay oraciones que nacen desde las profundidades del alma. Padres clamando por hijos enfermos. Personas esperando años una restauración física. Creyentes agotados pidiendo alivio en medio de enfermedades prolongadas.

En esos procesos el corazón humano puede comenzar a cansarse, y allí aparecen preguntas difíciles: “¿Dios me escucha realmente?”, “¿Por qué otros reciben milagros y yo no?”, “¿He hecho algo mal?”, “¿Por qué el Señor parece guardar silencio?” Estas preguntas no convierten automáticamente a una persona en incrédula. Revelan simplemente la humanidad de alguien que sufre.

Uno de los mayores peligros durante las temporadas de espera es permitir que la frustración se transforme lentamente en amargura espiritual. Cuando el dolor se prolonga y las respuestas no llegan como esperábamos, el corazón puede comenzar a endurecerse silenciosamente. Algunos creyentes

terminan alejándose emocionalmente de Dios, no siempre mediante rebelión abierta, sino a través de una decepción interna que poco a poco enfría su relación con el Señor.

El enemigo trabaja intensamente en esos momentos. Intenta convencer al creyente de que ha sido olvidado, abandonado o rechazado. Busca deformar la imagen del Padre utilizando precisamente el dolor no comprendido. Y si logra sembrar amargura, la persona comienza a mirar toda su vida espiritual desde la herida.

Por eso resulta tan importante aprender a permanecer en Dios aun cuando no comprendemos completamente lo que está ocurriendo. Ese es el llamado urgente de este libro. He conocido varios casos de hermanos entendiblemente frustrados. No juzgo sus sentimientos, por el contrario, siento empatía por ellos, por eso determiné escribir este material, porque deseo que comprendan el motivo por el cual deben volver al amor del Padre.

La madurez espiritual no consiste en tener respuestas para todo, sino en seguir confiando en el carácter de Dios incluso cuando nuestras preguntas todavía no encuentran explicación completa. Job llegó a decir: ***“Aunque él me matare, en él esperaré”*** (Job 13:15). Qué expresión tan profunda. No era resignación fatalista, sino una confianza radical en Dios aun en medio del sufrimiento más incomprensible.

Job nunca recibió una explicación detallada de todo lo que estaba ocurriendo en el mundo espiritual detrás de su dolor. Sin embargo, las Escrituras muestran al lector conversaciones celestiales que Job jamás llegó a conocer completamente durante su proceso. Y esto nos recuerda algo muy importante: existen dimensiones espirituales y propósitos eternos que muchas veces escapan completamente a nuestra capacidad de comprensión inmediata.

El ser humano quiere entender primero para luego confiar. Pero muchas veces el Reino de Dios funciona exactamente al revés: primero aprendemos a confiar, y con el tiempo algunas cosas comenzarán a encontrar sentido, sea unos años después, o posiblemente recién cuando estemos bajo la luz de la eternidad.

Esto no significa que el dolor deje de doler. El evangelio no nos convierte en seres emocionalmente insensibles. Como mencioné anteriormente, Jesús mismo lloró frente a la tumba de Lázaro aun sabiendo que estaba a punto de resucitarlo. El Señor comprende perfectamente el peso emocional de la espera y del sufrimiento humano. Él se conmueve por eso, pero no debe hacer todo lo que nosotros deseamos, sino lo que Él comprende que es necesario.

De hecho, Él mismo en los días de su carne, estuvo sujeto a este principio divino. Uno de los momentos más intensos de toda la Escritura ocurre en Getsemaní. Allí Jesús oró diciendo: ***“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa”*** (Mateo 26:39). Cristo expresó honestamente el deseo

humano de evitar el sufrimiento. Pero luego añadió: ***“Pero no sea como yo quiero, sino como tú”***. En esas palabras vemos la esencia más profunda de la rendición espiritual: confiar en el Padre aun cuando el camino duele profundamente.

Muchos creyentes luchan porque piensan que confiar en Dios significa jamás experimentar tristeza o cansancio. Pero la verdadera fe puede coexistir con lágrimas. Puede existir aun en medio de noches oscuras. Puede continuar viva aunque el corazón no entienda completamente el proceso. La clave está en no soltarse de Cristo durante la espera.

Hay personas que, en medio de procesos difíciles, terminan aislándose espiritualmente. Dejan de orar, se apartan de la comunión con la Iglesia y comienzan a encerrarse dentro de su dolor. Pero precisamente en esos momentos resulta más necesario permanecer cerca de Dios y del cuerpo de Cristo.

El sufrimiento tiene la capacidad tanto de acercar como de endurecer el corazón humano. Algunas personas salen de los valles espiritualmente más profundas, más humildes y más sensibles al Señor. Otras permiten que el dolor produzca resentimiento y frialdad interior. La diferencia muchas veces no está en la intensidad del sufrimiento, sino en la decisión de seguir acercándose a Dios aun sin comprenderlo todo.

David escribió en el **Salmo 34:18**: *“Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón”*. Observe que el texto no dice que Dios permanece únicamente cerca de los fuertes, sino de los quebrantados. El Señor no abandona al creyente durante la noche del sufrimiento. Aunque las emociones humanas fluctúen, la presencia de Dios continúa siendo real.

Muchas veces, mirando hacia atrás después de ciertos procesos, descubrimos que Dios estuvo obrando silenciosamente de maneras que jamás imaginamos. Hay quebrantamientos que producen humildad. Hay esperas que profundizan la dependencia espiritual. Hay valles donde el alma aprende dimensiones de intimidad con Cristo que nunca habríamos conocido en tiempos de comodidad.

Pablo escribió en **Romanos 8:28**: *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”*. Esto no significa que todo lo que ocurre sea bueno en sí mismo. La enfermedad, el dolor y el sufrimiento continúan siendo consecuencias de un mundo caído. Pero sí significa que Dios posee la soberanía suficiente para obrar incluso en medio de aquello que el enemigo, la caída o la fragilidad humana intentan utilizar para destruirnos.

Nuestra esperanza no descansa en comprender cada detalle del presente, sino en saber que el Señor continúa sosteniendo nuestra vida dentro de una historia mucho más grande que todavía no vemos completamente.

Y aun cuando las respuestas tardan, aun cuando las lágrimas continúan cayendo y aun cuando el corazón humano atraviesa momentos de cansancio, Cristo permanece siendo fiel. Porque el silencio de Dios jamás significa ausencia de Dios. Y aunque no siempre responda como esperamos, el Señor nunca deja de acompañar a sus hijos en medio del camino.

Capítulo diez

SU PRESENCIA EN EL SUFRIMIENTO

“El Señor mismo marchará al frente de ti y estará contigo; nunca te dejará ni te abandonará. No temas ni te desanimas”.

Deuteronomio 31:8

Una de las mentiras más peligrosas que el enemigo intenta sembrar en el corazón del creyente durante los procesos de enfermedad y sufrimiento es la idea de que Dios se ha alejado. Cuando el dolor se prolonga, cuando las respuestas parecen demorarse y cuando el cuerpo o el alma comienzan a desgastarse, muchas personas empiezan silenciosamente a interpretar su situación como abandono divino. Aunque quizá no lo expresen públicamente, internamente surge una pregunta profunda y dolorosa: “¿Dónde está Dios en medio de todo esto?”

La Biblia responde a esa pregunta de manera extraordinariamente clara: Dios jamás abandona a sus hijos en medio del sufrimiento. De hecho, muchas veces es

precisamente en los valles más oscuros donde su presencia se vuelve más profunda, más íntima y más transformadora.

El problema es que el ser humano suele asociar la presencia de Dios únicamente con momentos de bienestar, alivio o victoria visible. Si las circunstancias son favorables, sentimos fácilmente que el Señor está cerca. Pero cuando atravesamos dolor, debilidad o incertidumbre, nuestras emociones pueden comenzar a oscurecer la percepción espiritual. Allí es donde la fe necesita sostenerse no sobre sensaciones cambiantes, sino sobre las promesas eternas de Dios.

David escribió una de las declaraciones más consoladoras de toda la Escritura en el **Salmo 23:4**: ***“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo”***. Observe cuidadosamente algo importante: el salmo no dice que el creyente jamás atravesará valles oscuros. Dice que aun dentro de ellos, la presencia de Dios permanece acompañándolo.

Qué diferente es esto de ciertos mensajes modernos que prácticamente presentan la vida cristiana como una eliminación total de toda dificultad. Jesús nunca prometió ausencia absoluta de tribulación en este mundo presente. Por el contrario, declaró claramente: ***“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”*** (Juan 16:33). La esperanza del evangelio no consiste solamente en evitar todo sufrimiento, sino en saber que Cristo permanece con nosotros en medio de él.

Esto transforma completamente la perspectiva del creyente. Porque muchas veces el mayor temor no es el dolor en sí mismo, sino la sensación de atravesarlo solo. El alma humana necesita saber que no ha sido abandonada. Y precisamente allí el evangelio revela una de sus verdades más gloriosas: el Espíritu Santo habita en nosotros como Consolador permanente.

Jesús dijo en **Juan 14:16**: *“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre”*. La palabra Consolador utilizada aquí posee una profundidad inmensa. Habla de alguien que acompaña, fortalece, sostiene y permanece cercano. El Espíritu Santo no fue enviado únicamente para producir experiencias emocionales intensas dentro de reuniones religiosas; fue enviado también para sostenernos en las noches más difíciles de nuestra vida.

Hay personas que han conocido la presencia de Dios de manera mucho más profunda desde una cama de enfermedad que durante años de comodidad. Esto puede parecer extraño para una mentalidad superficial, pero es una realidad espiritual profundamente bíblica. Muchas veces el ruido de la autosuficiencia humana impide que el hombre perciba su verdadera necesidad de Dios. Cuando las fuerzas naturales se debilitan, el alma comienza a descubrir dimensiones de dependencia e intimidad que antes no conocía.

Pablo comprendió esto profundamente cuando escribió que el Padre es ***“Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones”*** (2 Corintios 1:3 y 4). Observe que el texto no dice solamente que Dios nos libra de toda tribulación, sino que nos consuela dentro de ella. El consuelo divino no es una teoría religiosa; es una experiencia real de la presencia de Dios fortaleciendo nuestro interior mientras atravesamos procesos difíciles.

Esto no significa que el dolor deje de existir automáticamente. El sufrimiento continúa siendo doloroso. La enfermedad sigue agotando físicamente. Las lágrimas siguen siendo reales. Pero en medio de todo eso, podemos descubrir algo extraordinario: Cristo permanece cercano a nuestro corazón.

Uno de los aspectos más gloriosos del evangelio es que Jesús no observa el sufrimiento humano desde la distancia. Él mismo entró en nuestra condición. Isaías profetizó acerca de Él diciendo: ***“Varón de dolores, experimentado en quebranto”*** (Isaías 53:3). El Hijo de Dios conoció el cansancio, la angustia, el rechazo, el dolor físico y la tristeza profunda. Por eso **Hebreos 4:15** afirma que tenemos un Sumo Sacerdote que puede compadecerse de nuestras debilidades.

¡Jesucristo comprende desde adentro el sufrimiento humano! Qué descanso produce esto para el alma cansada. Nosotros no oramos a un Dios indiferente o incapaz de entender nuestro dolor. Oramos al Padre por medio de

Jesucristo, quien lloró frente a la tumba de Lázaro, quien sudó sangre en Getsemaní y quien cargó sobre sí el peso del sufrimiento de una humanidad caída.

A veces las personas imaginan erróneamente que la presencia de Dios siempre se manifestará mediante emociones intensas o experiencias extraordinarias. Sin embargo, muchas veces el Señor obra de manera silenciosa y profunda.

Hay creyentes que, aun en medio de enormes dolores físicos, experimentan una paz sobrenatural imposible de explicar humanamente. Otros descubren una fortaleza interior que no proviene de sus capacidades naturales. Algunos sienten una cercanía con Cristo más real que cualquier circunstancia visible. Eso es obra del Espíritu Santo.

Un amigo cercano fue testigo de mi conversión. En aquellos días, todo resultaba muy extraño para mi entorno, y él no fue la excepción. Sin embargo, después de observarme durante un tiempo y de soportar mi incansable discurso sobre experiencias divinas, terminó entregando su vida al Señor.

Tiempo después me mudé de ciudad y, durante algunos años, no supe nada de él, hasta que me enteré de que padecía una enfermedad terminal.

Por supuesto, viajé para visitarlo. En ese tiempo, él estaba viviendo en la ciudad de Mar del Plata, donde recibía

tratamiento de quimioterapia. No obstante, su diagnóstico era irreversible. Conversé un rato con él, procurando que no se notara en mi rostro la tristeza y la preocupación de verlo en ese estado.

Pedí a su familia que nos dejaran solos y hablamos como amigos íntimos. Entonces me dijo: “Yo no te entendía cuando me predicabas todas esas cosas que te estaban pasando y me hablabas del Señor. Pero, después de conocerlo, he vivido situaciones personales que me han permitido conocerlo de verdad...”

Te cuento algo... Cuando me llevan a las sesiones de quimioterapia, no puedo dejar de sonreír. Quienes están allí no logran comprenderme, pero te digo algo: muchas veces he visto a mi lado a un ser celestial, vestido de blanco y resplandeciente. Nadie más puede verlo, pero yo lo he visto en varias ocasiones. El Señor es extraordinario, y tengo paz. Sé que, si me voy, todo estará bien, porque me voy con Él, y mi familia también quedará en sus manos. No te preocupes por nada; ya hiciste lo necesario al hablarme de Él con tanta insistencia...”

Debo confesar que me dolió profundamente la partida de mi amigo y siempre lo recuerdo. De hecho, tengo su foto en mi oficina y la estoy mirando en este mismo instante. Sin embargo, también debo decir que tengo paz, porque sé que él está con el Señor. Además, aprendí que Dios no siempre hace lo que esperamos, pero siempre hace lo que es mejor tocante a Su propósito.

Pablo habló de *“la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento”* (Filipenses 4:7). No se trata de negar la realidad del sufrimiento, sino de experimentar una estabilidad interior sobrenatural aun cuando externamente las circunstancias continúan siendo difíciles.

Muchos hijos de Dios pueden testificar que fue precisamente en sus temporadas más oscuras donde aprendieron a conocer verdaderamente el corazón del Padre. Mientras todo marchaba bien, la comunión espiritual permanecía superficial. Pero cuando llegaron la enfermedad, la debilidad o el quebranto, comenzaron a depender del Señor de una manera mucho más profunda y real.

Esto no significa que debemos buscar el sufrimiento ni glorificar el dolor. El sufrimiento sigue siendo consecuencia de un mundo caído. Jesús mismo sanó enfermos y manifestó compasión hacia quienes sufrían. Pero sí significa que Dios tiene la capacidad de transformar incluso los valles más difíciles en lugares de encuentro profundo con Él.

Jacob salió cojeando después de luchar con Dios, pero también salió marcado espiritualmente para siempre. Moisés conoció la gloria divina en el desierto. David escribió algunos de sus salmos más profundos en medio de persecuciones y quebrantos. Pablo recibió revelaciones extraordinarias mientras atravesaba debilidades, cárceles y sufrimientos.

Hay dimensiones de la presencia de Dios que muchas veces solamente son conocidas en medio de la fragilidad. El

problema de la comodidad constante es que fácilmente alimenta la ilusión de autosuficiencia. Cuando todo funciona bien, el ser humano tiende a confiar en sí mismo. Pero el sufrimiento tiene la capacidad de desnudar las falsas seguridades y conducir el alma hacia una dependencia más auténtica de Cristo.

Y allí, en ese lugar donde las fuerzas humanas comienzan a agotarse, el creyente descubre algo glorioso: la presencia de Dios realmente basta. No como una frase religiosa vacía, sino como una realidad viva que sostiene el corazón día tras día.

Quizá el cuerpo continúe débil; quizá las respuestas todavía no hayan llegado; quizá el camino siga siendo difícil. Pero aun allí, Cristo permanece cercano. Porque el Señor no solamente camina con nosotros en las montañas de victoria; también permanece a nuestro lado en los valles más oscuros. Y muchas veces, cuando todo lo demás comienza a quebrarse, descubrimos que la presencia de Dios sigue siendo el refugio más seguro de nuestra alma.

PARTE IV

DISCIPLINA, FORMACIÓN Y PROPÓSITO DIVINO

Capítulo once

LA DISCIPLINA AMOROSA DE DIOS

“Hijo mío, no rechaces la disciplina del Señor, ni te enojas por su corrección. Porque el Señor disciplina a los que ama, como un padre a su hijo amado”.

Proverbios 3:11 y 12 (NVI)

Uno de los temas más delicados y al mismo tiempo más malinterpretados dentro de la vida cristiana es el de la disciplina divina. A lo largo de los años, muchas personas han desarrollado una imagen distorsionada de Dios, viéndolo como un juez severo que castiga constantemente a sus hijos mediante enfermedad, dolor o sufrimiento.

Otros, en el extremo opuesto, han rechazado completamente cualquier idea de corrección divina, construyendo una espiritualidad superficial donde Dios solamente existe para aprobar, bendecir y satisfacer los deseos humanos. Sin embargo, las Escrituras presentan una realidad mucho más profunda y equilibrada: Dios sí

disciplina a sus hijos, pero lo hace desde el amor y con propósitos redentores, no desde la condenación destructiva.

Comprender correctamente esta verdad es fundamental, especialmente cuando hablamos de sufrimiento y enfermedad. Porque muchos creyentes viven atrapados entre dos errores peligrosos. Algunos interpretan automáticamente toda dificultad como castigo divino. Otros jamás se detienen a examinar espiritualmente sus caminos, aun cuando el Espíritu Santo intenta corregir áreas profundas de sus vidas. El Reino de Dios no se mueve en ninguno de esos extremos.

Hebreos 12:5 y 6 declara: *“Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina”*. Estas palabras revelan algo profundamente importante: la disciplina divina nace del amor paternal de Dios. No se trata de rechazo, sino precisamente de relación. El Padre corrige porque sus hijos le pertenecen.

Existe una diferencia enorme entre castigo y disciplina, y muchos creyentes no logran distinguirla correctamente. El castigo tiene un carácter puramente judicial y condenatorio. La disciplina, en cambio, tiene un propósito formativo y restaurador.

Bajo los lineamientos del Nuevo Pacto, Cristo ya cargó sobre sí el juicio eterno que correspondía al pecado. **Romanos 8:1** declara claramente: *“Ahora, pues, ninguna*

condenación hay para los que están en Cristo Jesús". Esto significa que ya no vivimos bajo una amenaza constante de destrucción divina. La cruz satisfizo plenamente la justicia eterna de Dios.

Sin embargo, el hecho de que ya no exista condenación eterna para los hijos de Dios no significa que el Padre deje de corregirnos amorosamente. Todo verdadero padre corrige porque desea formar carácter, madurez y dirección correcta en sus hijos. Un amor que jamás corrige no es amor verdadero; es indiferencia disfrazada de tolerancia.

El problema aparece cuando las personas interpretan toda aflicción automáticamente como una disciplina directa de Dios. La Biblia jamás enseña semejante simplificación. Como ya vimos anteriormente, vivimos en un mundo caído donde existen enfermedades relacionadas con fragilidad humana, desgaste físico, ataques espirituales, consecuencias naturales de malas decisiones y muchas otras causas. Sería profundamente irresponsable afirmar que cada sufrimiento específico es una disciplina divina personalizada.

Sin embargo, también sería incorrecto negar que Dios, en ciertos momentos, permite y utiliza procesos dolorosos para formar áreas profundas del corazón humano. Aquí es donde necesitamos enorme discernimiento y humildad espiritual. Dios no envía enfermedades a sus hijos, Él puede permitir que una determinada condición física afecte a uno de sus hijos, lo cual es muy distinto.

El Señor no actúa como un verdugo cruel buscando destruir a sus hijos mediante sufrimiento. Debemos estar claros que, si nosotros no enviaríamos un cáncer a un hijo para que aprenda, mucho menos Dios. Pero sí debemos saber que Dios trabaja profundamente en el interior del hombre, y muchas veces utiliza circunstancias difíciles para quebrantar orgullo, autosuficiencia, rebeldía o dureza de corazón que de otro modo jamás serían confrontadas. Esto no implica en absoluto, que toda enfermedad es permitida para disciplinar. ¡No estoy diciendo eso!

La disciplina divina tiene como objetivo producir transformación, no destrucción, y a todos nos conviene, pero tampoco debemos ver disciplina divina en toda adversidad, eso sería un extremo que solo nos llevará por el camino del error.

“Porque aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad... es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia”.

Hebreos 12:10 y 11

Observe el lenguaje del pasaje. Dios disciplina ***“para lo que nos es provechoso”***. El propósito no es aplastar al creyente, sino formar algo eterno dentro de él. Nuestro Padre desea que encontremos resultados luego de todo proceso permitido por Él.

La realidad es que el corazón humano posee una enorme capacidad para endurecerse. Aun personas espirituales pueden comenzar lentamente a depender más de sí mismas que de Dios. El éxito, la comodidad y la autosuficiencia fácilmente alimentan orgullo silencioso. Y muchas veces el hombre no percibe cuánto se ha alejado interiormente del Señor hasta que ciertas circunstancias sacuden sus falsas seguridades.

Pablo mismo reconoció que su aguijón en la carne tenía relación con evitar que se exaltara desmedidamente debido a las revelaciones recibidas. Dios conocía el peligro oculto del orgullo aun dentro de un hombre profundamente usado por el Espíritu Santo. Esto debería producir humildad en todos nosotros.

La disciplina divina no siempre consiste en una intervención espectacular o dramática. Muchas veces el Señor trabaja lentamente en áreas internas del corazón mediante procesos prolongados. Hay quebrantamientos que enseñan dependencia. Hay pérdidas que confrontan idolatrías escondidas. Hay valles donde el alma aprende humildad de una manera que jamás habría aprendido en medio de la comodidad.

Notemos que Pablo no era un hombre que se había descarriado, o que estaba cometiendo gravosos pecados. Era un hombre santo, consagrado y completamente entregado al servicio apostólico, pero el corazón está compuesto de

profundidades que nosotros desconocemos y Dios está dispuesto a tratar con eso para perfeccionarnos.

Resulta extremadamente importante mantener equilibrio. Porque algunos creyentes viven obsesionados intentando descubrir qué pecado específico provocó cada sufrimiento que atraviesan, pero esa actitud no es sabia. Esta mentalidad termina produciendo temor enfermizo y condenación constante. La vida cristiana no fue diseñada para ser vivida bajo paranoia espiritual.

El Espíritu Santo convence con claridad, amor y verdad. Cuando Dios corrige, lo hace de manera que el creyente pueda acercarse a Él en arrepentimiento y restauración, no alejándose bajo culpa desesperante. El enemigo condena para destruir. El Padre corrige para restaurar.

Esto cambia completamente la manera de atravesar ciertos procesos. Cuando el creyente experimenta quebrantamiento, puede examinar humildemente su corazón delante de Dios sin caer en condenación destructiva. Puede preguntarle al Señor: “¿Hay algo que desees formar o corregir en mí?” Pero al mismo tiempo puede descansar sabiendo que sigue siendo amado profundamente aun en medio del proceso.

Uno de los grandes problemas de esta generación es que muchos desean la gloria de Cristo sin pasar por procesos de formación interior. Queremos poder sin quebrantamiento,

autoridad sin humildad y victoria sin dependencia. Pero el Reino de Dios funciona de manera completamente distinta a la lógica humana. El Señor primero trabaja profundamente en el interior del hombre antes de confiarle mayores dimensiones de responsabilidad espiritual.

José fue procesado antes de gobernar. Moisés pasó años en el desierto antes de liderar Israel. David atravesó persecuciones antes de sentarse en el trono. Incluso Jesús, aunque sin pecado, aprendió obediencia mediante el padecimiento, como declara **Hebreos 5:8**.

Esto no significa que el sufrimiento automáticamente produzca madurez. Muchas personas sufren y se endurecen aún más. Lo que transforma realmente al creyente no es solamente el dolor, sino la manera en que responde espiritualmente dentro del proceso. El quebrantamiento puede acercar profundamente a Dios o puede llenar el corazón de resentimiento. Allí aparece nuevamente la importancia de permanecer rendidos delante del Señor.

Hay algo profundamente hermoso en el corazón quebrantado que aprende a depender completamente de Dios. El orgullo comienza a morir. La autosuficiencia se debilita. Las prioridades cambian. El alma descubre que necesita más la presencia de Cristo que cualquier otra cosa.

David escribió en el **Salmo 51:17**: *“Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”*. El

quebrantamiento genuino abre espacio para que el Espíritu Santo trabaje profundamente en el interior del hombre.

Muchos de los creyentes más maduros, sensibles y llenos de compasión atravesaron temporadas difíciles donde Dios trabajó silenciosamente áreas profundas de sus corazones. Hay cosas que solamente se aprenden cuando las fuerzas humanas se agotan y el alma comienza a descansar completamente en la gracia divina.

Y aunque ninguna disciplina parece agradable mientras estamos viviendo, quienes permanecemos unidos a Cristo terminamos descubriendo que incluso en los procesos más dolorosos, el amor del Padre nunca deja de sostenernos. Porque Dios no disciplina para destruir a sus hijos, nos disciplina porque nos ama demasiado como para dejarnos lejos de la plenitud de Su voluntad.

Capítulo doce

EL SUFRIMIENTO QUE TRANSFORMA

“Luego de que ustedes hayan sufrido un poco de tiempo, Dios mismo, el Dios de toda gracia que los llamó a su gloria eterna en Cristo, los restaurará y los hará fuertes, firmes y estables”.

1 Pedro 5:10

El sufrimiento posee una capacidad única para revelar lo que verdaderamente habita en el corazón humano. Mientras todo marcha bien, resulta relativamente sencillo sostener ciertas apariencias espirituales, mantener seguridad en uno mismo e incluso pensar que nuestra comunión con Dios es más profunda de lo que realmente es. Pero cuando llegan las temporadas de quebranto, enfermedad, pérdidas o debilidad, las capas externas comienzan a caer y el alma queda expuesta delante del Señor de una manera mucho más real.

Por eso, aunque el sufrimiento no proviene originalmente del diseño perfecto de Dios para la creación, el

Señor posee la capacidad soberana de utilizar incluso aquello que nació de un mundo caído para producir transformación espiritual en la vida de sus hijos. Esta verdad no siempre resulta fácil de aceptar, especialmente cuando el dolor es intenso o prolongado, pero aparece repetidamente a lo largo de toda la Escritura.

Romanos 5:3 al 5 declara: *“Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza”*. Pablo no está diciendo que el sufrimiento sea agradable en sí mismo. Tampoco está romantizando el dolor humano. Lo que está revelando es que Dios puede producir fruto eterno aun en medio de procesos difíciles.

Vivimos en una cultura que rechaza profundamente cualquier forma de sufrimiento. El mundo moderno ha convertido la comodidad en uno de sus mayores ídolos. Todo debe ser rápido, fácil, inmediato y placentero. La sociedad enseña constantemente a evitar incomodidades, escapar del dolor y buscar satisfacción permanente.

Y aunque muchas veces esa mentalidad también ha penetrado dentro de la Iglesia, el evangelio presenta una realidad muy diferente. Cristo jamás prometió una vida centrada en la comodidad personal; prometió una vida transformada a través de una relación profunda con Él.

Uno de los primeros aspectos que el sufrimiento suele confrontar es el orgullo humano. Mientras las fuerzas

naturales funcionan correctamente, el hombre tiende fácilmente a confiar en sí mismo. Nos acostumbramos a depender de nuestras capacidades, recursos, experiencias y control personal sobre las circunstancias. Pero el quebranto tiene la capacidad de recordarnos cuán limitados y dependientes somos realmente.

Hay personas que recién descubren cuánto necesitaban a Dios cuando sus propias fuerzas comienzan a agotarse. Esto ocurrió repetidamente en la vida de muchos hombres de Dios. Jacob salió cojeando después de luchar con el Señor, pero también salió transformado interiormente. Pedro tuvo que experimentar el dolor de su propia debilidad para dejar atrás la autosuficiencia que tantas veces había dominado su carácter. Pablo aprendió que el poder de Cristo se perfecciona precisamente en medio de la debilidad humana.

El orgullo es una de las barreras más peligrosas para la verdadera vida espiritual porque produce una ilusión silenciosa de independencia. El hombre orgulloso puede hablar de Dios, servir en la Iglesia e incluso ministrar a otros, mientras internamente continúa confiando más en sí mismo que en la gracia divina. Pero el sufrimiento tiene la capacidad de romper lentamente esas falsas seguridades.

No porque Dios disfrute humillando a sus hijos, sino porque solamente el corazón quebrantado aprende a depender profundamente de Él. David comprendió esto cuando escribió: ***“Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos”*** (Salmo 119:71). Qué

declaración tan profunda. David no estaba celebrando el dolor en sí mismo, sino reconociendo que ciertos procesos produjeron en él una sensibilidad espiritual que antes no existía.

Muchas veces descubrimos en el valle de sombras dimensiones de intimidad con Dios que jamás habíamos conocido en las temporadas de abundancia y estabilidad. Cuando las fuerzas humanas disminuyen, el alma comienza a buscar refugio más profundamente en la presencia del Señor. La oración deja de ser un simple hábito religioso y se transforma en necesidad vital. La dependencia ya no es una idea doctrinal; se vuelve una experiencia diaria.

Por eso tantos salmos nacieron en medio de persecuciones, angustias y quebrantos. David aprendió a conocer el corazón de Dios en cuevas, desiertos y temporadas de profunda vulnerabilidad. El sufrimiento no creó su relación con el Señor, pero sí profundizó enormemente su comunión espiritual.

Como expresé anteriormente, esto no significa que todo creyente responda correctamente al dolor. El sufrimiento puede ablandar el corazón o endurecerlo aún más. Algunas personas atraviesan procesos difíciles y salen llenas de resentimiento, amargura y frialdad espiritual. Otras, en cambio, permiten que el quebranto las acerque más profundamente a Cristo. La diferencia muchas veces no está en la intensidad del sufrimiento, sino en la disposición interior con la que el alma responde delante de Dios.

Santiago 1:2 al 4 dice: “Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia”. Este gozo mencionado por el apóstol Santiago no es el gozo del alma, sino el fruto del Espíritu, y la paciencia bíblica no significa resignación pasiva, sino perseverancia madura. El sufrimiento, cuando es atravesado junto a Dios, desarrolla estabilidad espiritual, profundidad interior y una confianza más sólida en el Señor.

Vivimos en una generación extremadamente emocional, acostumbrada a depender constantemente de sensaciones inmediatas. Pero la madurez espiritual muchas veces se forma precisamente en temporadas donde el creyente aprende a caminar por fe aun cuando las emociones fluctúan y las circunstancias no parecen favorables.

Hay una clase de fe superficial que solamente sobrevive mientras todo funciona bien. Pero existe otra fe mucho más profunda que nace en medio del valle de sombras y aprende a permanecer firme aun cuando el alma atraviesa noches difíciles. Esa fe no depende exclusivamente de resultados visibles inmediatos; descansa en el carácter inmutable de Dios.

El sufrimiento también desarrolla sensibilidad hacia los demás. Las personas profundamente quebrantadas por Dios suelen volverse mucho más compasivas, misericordiosas y capaces de acompañar el dolor ajeno. Quien nunca atravesó ciertas luchas humanas fácilmente puede caer en juicios rápidos, respuestas superficiales o

dureza espiritual. Pero aquellos que conocen el dolor desde adentro suelen aprender a mirar a otros con mayor ternura y humildad.

Pablo escribió en **2 Corintios 1:4** que Dios nos consuela *“para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación”*. Qué maravilloso propósito. El consuelo recibido de Dios durante nuestras propias noches oscuras se transforma luego en herramienta de restauración para otros.

Muchos ministerios profundamente ungidos nacieron precisamente desde lugares de quebranto. Personas que conocieron la gracia de Dios en medio de sus propias heridas y luego fueron usadas para traer esperanza a otros. Hay palabras que solamente poseen verdadera autoridad cuando han sido procesadas en el fuego de la experiencia.

Sin embargo, debemos mantener equilibrio. El sufrimiento no es un fin en sí mismo. No debemos buscarlo ni glorificarlo enfermizamente. Algunas corrientes religiosas han caído en extremos peligrosos donde pareciera que mientras más dolor experimenta una persona, más espiritual se vuelve automáticamente. Pero el evangelio jamás enseña eso. Jesús sanó enfermos, consoló quebrantados y manifestó compasión hacia quienes sufrían.

Reitero: El sufrimiento sigue siendo consecuencia de un mundo caído. La diferencia es que Dios posee la soberanía

suficiente para transformar incluso aquello que el enemigo intentó utilizar para destruirnos.

José pudo decirles a sus hermanos: ***“Vosotros pensasteis mal contra mí, más Dios lo encaminó a bien”*** (Génesis 50:20). Observe la profundidad de esa declaración. El mal continuaba siendo mal. La traición seguía siendo injusta. El dolor fue real. Pero por encima de todo eso, Dios estaba obrando propósitos mucho mayores.

Hay procesos que nosotros jamás escogeríamos voluntariamente, pero que pueden terminar produciendo una transformación espiritual profunda. El orgullo se debilita. La dependencia crece. La oración se vuelve más real. La comunión con Cristo se profundiza. La eternidad comienza a verse con mayor claridad.

Y aunque muchas veces el sufrimiento sigue siendo difícil de comprender plenamente mientras lo atravesamos, el alma que permanece unida a Dios termina descubriendo algo glorioso: la gracia divina tiene poder para formar belleza espiritual incluso en medio de las temporadas más dolorosas de la vida.

Porque allí donde las fuerzas humanas comienzan a quebrarse, muchas veces el Espíritu Santo comienza a revelar más profundamente la suficiencia de Cristo.

Capítulo trece

ATAQUES ESPIRITUALES Y OPRESIÓN

“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia”.

Isaías 41:10

Al hablar acerca de enfermedades y sufrimiento, resulta necesario abordar un tema que durante años ha generado enormes desequilibrios dentro de la Iglesia: la relación entre el mundo espiritual y ciertas formas de opresión física o emocional.

Algunos creyentes han negado completamente cualquier dimensión espiritual detrás del sufrimiento humano, reduciendo toda enfermedad únicamente a causas naturales. Otros, en el extremo opuesto, han terminado demonizando prácticamente cualquier problema físico, emocional o mental, atribuyendo automáticamente todo dolor a actividad demoníaca. Ninguno de estos extremos refleja el equilibrio de las Escrituras.

La Biblia revela claramente la existencia de un conflicto espiritual real. Satanás y las fuerzas de las tinieblas existen, oprimen y buscan destruir la vida humana. Jesús mismo habló acerca del diablo como ***“homicida desde el principio”*** (**Juan 8:44**), y durante su ministerio terrenal enfrentó repetidamente casos de opresión demoníaca que afectaban profundamente a las personas. Negar completamente esta dimensión espiritual sería ignorar una parte importante de la enseñanza bíblica.

Sin embargo, también es necesario comprender que no toda enfermedad es provocada de manera demoníaca. Este equilibrio es fundamental, porque muchas personas han sufrido enorme daño emocional y espiritual debido a enseñanzas exageradas y carentes de discernimiento.

A lo largo de los evangelios encontramos situaciones donde existía claramente una influencia espiritual relacionada con aflicciones físicas. **Lucas 13:11 al 16** relata el caso de una mujer que durante dieciocho años había estado encorvada ***“y en ninguna manera se podía enderezar”***. Jesús declaró que Satanás la había tenido atada durante todo ese tiempo.

En otro episodio, un muchacho atormentado sufría convulsiones relacionadas con opresión demoníaca (**Mateo 17:14 al 18**). Los evangelios muestran entonces que existen situaciones donde el mundo espiritual afecta directamente la condición física o emocional de una persona.

Pero también debemos observar cuidadosamente que Jesús jamás trató toda enfermedad como posesión demoníaca. Muchas veces simplemente sanó enfermos sin mencionar actividad demoníaca alguna. Los evangelios distinguen claramente entre enfermedades comunes y casos específicos de opresión espiritual.

Esto es profundamente importante porque algunos ambientes cristianos han desarrollado una obsesión peligrosa con el mundo demoníaco. Todo se interpreta automáticamente como ataque espiritual: enfermedades, cansancio, problemas emocionales, debilidad física e incluso situaciones completamente naturales. Esta mentalidad no solamente produce confusión doctrinal; también puede generar temor enfermizo y enormes daños psicológicos en personas vulnerables.

Hay creyentes que viven aterrorizados pensando que cualquier dolor físico significa inmediatamente presencia demoníaca. Otros terminan rechazando tratamientos médicos necesarios porque alguien les aseguró irresponsablemente que su problema era exclusivamente espiritual. Y algunos incluso son sometidos a prácticas extremas de “liberación” cuando en realidad necesitan atención médica, descanso emocional o acompañamiento pastoral saludable. El discernimiento espiritual verdadero jamás opera desde el fanatismo ni desde la ignorancia.

Jesús nunca actuó movido por exageraciones emocionales. Él discernía perfectamente cuándo estaba

frente a una enfermedad natural, cuándo frente a una opresión espiritual y cuándo frente a otras realidades humanas propias de un mundo caído. Y la Iglesia necesita recuperar urgentemente ese equilibrio.

Efesios 6:12 declara: *“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades...”* Existe una batalla espiritual real, y el creyente no debe ignorarla ingenuamente. Satanás busca oprimir, desanimar, destruir y apartar a las personas de Dios. Hay ataques espirituales genuinos que afectan pensamientos, emociones e incluso, en algunos casos, el cuerpo humano.

Job es uno de los ejemplos más claros de esta realidad. El enemigo atacó profundamente su vida física, emocional y material. Sin embargo, el libro también muestra algo extremadamente importante: Satanás jamás actuó fuera de los límites permitidos por la soberanía divina. Esto significa que aun en medio de conflictos espirituales reales, Dios continúa teniendo el control absoluto.

Como hijos de Dios, bajo ningún punto de vista debemos vivir atemorizados frente al diablo.

Uno de los problemas más graves de ciertos movimientos desequilibrados es que terminan otorgando más atención al poder de las tinieblas que a la autoridad de Cristo. Todo gira alrededor de demonios, maldiciones y ataques espirituales. Pero el evangelio coloca el enfoque en Jesucristo y en la victoria del Reino de la luz, no de las tinieblas.

Colosenses 2:15 declara que Cristo *“despojó a los principados y a las potestades, y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”*. Nosotros no debemos enfrentar las tinieblas desde una posición de derrota o miedo, sino desde la victoria obtenida por Cristo. Esto no significa negar la realidad de las batallas espirituales. Significa enfrentarlas correctamente.

Hay creyentes que, en lugar de crecer en comunión con Dios, viven obsesionados buscando demonios detrás de cada circunstancia. Pero una espiritualidad centrada constantemente en las tinieblas termina enfermando el alma. El Espíritu Santo no vino para producir paranoia espiritual, sino para revelar a Cristo y conducirnos a una vida de verdad, libertad y discernimiento.

También debemos comprender que el cuerpo humano continúa sujeto a fragilidad natural. Existen enfermedades relacionadas con genética, envejecimiento, desgaste físico, desequilibrios biológicos, hábitos de vida y múltiples factores propios de la condición humana caída. Pretender atribuir automáticamente todo eso a demonios es una irresponsabilidad peligrosa.

Lucas, el autor del evangelio que lleva su nombre y el libro de los Hechos de los apóstoles, era médico y jamás presentó la medicina y el discernimiento espiritual como enemigos irreconciliables. Dios puede obrar mediante milagros sobrenaturales, pero también puede utilizar recursos médicos, tratamientos y procesos naturales.

La verdadera madurez espiritual debe llevarnos a caminar en equilibrio, sin negar el mundo espiritual, ni caer en fanatismos destructivos. Sin vivir atemorizados por demonios, ni ignorando ingenuamente toda batalla espiritual. Sin rechazar toda ayuda médica, ni colocando exclusivamente la confianza en recursos humanos olvidando el poder de Dios.

En muchos casos, las personas más vulnerables a ciertos desequilibrios son precisamente quienes atraviesan sufrimientos prolongados. Cuando alguien lleva años enfermo o emocionalmente agotado, fácilmente puede volverse susceptible a mensajes extremos que prometen soluciones rápidas mediante supuestas revelaciones espirituales. Y allí aparecen manipulaciones, abusos y falsas promesas que terminan causando aún más dolor.

Por eso la Iglesia necesita urgentemente pastores maduros, llenos de discernimiento y profundamente arraigados en las Escrituras. Líderes capaces de acompañar el sufrimiento humano con sabiduría, sensibilidad y equilibrio bíblico.

Jesús jamás utilizó el mundo espiritual para producir miedo en las personas. Por el contrario, traía libertad, paz y restauración. Cuando enfrentaba opresión demoníaca, lo hacía con autoridad serena, no con espectáculos emocionales ni exageraciones teatrales. El enfoque siempre permanecía en la restauración de la persona y en la manifestación del Reino de Dios.

Nosotros necesitamos comprender que nuestra seguridad final no descansa en técnicas espirituales, fórmulas de liberación ni en métodos humanos de guerra espiritual. Nuestra seguridad está en Cristo. El Espíritu Santo habita en nosotros. El Reino de Dios permanece sobre nuestras vidas. Y aunque existan ataques espirituales reales, ninguna fuerza de las tinieblas posee autoridad absoluta sobre aquellos que pertenecemos al Señor.

Esto no elimina la necesidad de vigilancia espiritual, oración y discernimiento. La vida cristiana implica permanecer firmes, sensibles al Espíritu Santo y conscientes de la realidad del conflicto espiritual. Pero todo eso debe desarrollarse desde la paz de la victoria de Cristo, no desde miedo enfermizo o desde la obsesión constante.

Santiago 4:7 declara: *“Resistid al diablo, y huirá de vosotros”*. Observe el equilibrio del texto. No dice que el creyente deba vivir aterrorizado ni obsesionado; simplemente debe permanecer sometido a Dios y resistir firmemente en fe. Porque al final, el centro del evangelio no son las tinieblas, el centro de todo es Cristo.

PARTE V

ERRORES SOBRE SANIDADES Y ENFERMEDADES

Capítulo catorce

EL EVANGELIO DE LA CULPA

“Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados”.

Isaías 43:25

Pocas cosas hieren tanto a creyentes enfermos y quebrantados como ciertos mensajes religiosos que transforman el sufrimiento humano en motivo de condenación espiritual. A lo largo de los años, innumerables personas han cargado no solamente con el peso físico de una enfermedad, sino también con una culpa constante sembrada desde púlpitos, enseñanzas y consejerías profundamente desequilibradas.

Se les ha dicho que si no reciben sanidad es porque les falta fe, porque existe algún pecado oculto, porque no han “declarado” correctamente, o porque no están creyendo lo suficiente. Bajo esta mentalidad, el enfermo termina sintiéndose responsable de su propio sufrimiento y vive atrapado entre el dolor físico y la angustia espiritual.

Este es uno de los rostros más crueles del legalismo moderno, porque aunque muchas de estas enseñanzas utilizan lenguaje espiritual y hablan acerca de fe, en realidad terminan produciendo exactamente lo contrario al evangelio: condenación, temor, frustración y agotamiento emocional. El corazón del creyente deja de descansar en la gracia de Dios y comienza a vivir bajo presión constante, intentando alcanzar un supuesto nivel de perfección espiritual para merecer la intervención divina.

Jesucristo jamás ministró desde ese espíritu. Cuando observamos Su vida en los evangelios, encontramos misericordia, compasión y verdad, no manipulación emocional ni condenación despiadada. El Señor nunca se acercó a los enfermos para avergonzarlos públicamente por su condición. Nunca utilizó el sufrimiento humano como escenario para humillar a los débiles. Por el contrario, constantemente se acercó al quebrantado con ternura y misericordia.

Sin embargo, algunos ambientes religiosos modernos han desarrollado una espiritualidad profundamente centrada en el rendimiento humano. Todo parece depender de cuánto cree la persona, cuánto declara, cuánto ayuna o cuánto logra mantenerse emocionalmente “positiva”. Bajo esa lógica, si alguien continúa enfermo, entonces inevitablemente debe ser porque algo está fallando espiritualmente en su vida. Esta forma de pensar ignora completamente el equilibrio de las Escrituras.

La Biblia jamás enseña que toda enfermedad prolongada sea automáticamente evidencia de incredulidad. Y aun así, muchos creyentes sinceros viven atormentados intentando descubrir qué hicieron mal.

Hay personas que, después de años de orar por sanidad sin recibir la respuesta esperada, comienzan lentamente a sentirse rechazadas por Dios. Escuchan testimonios de milagros, observan predicaciones triunfalistas y terminan preguntándose silenciosamente: “¿Qué hay de malo en mí?”, “¿Por qué Dios sí responde a otros y no a mí?”, “¿Será que mi fe no alcanza?” Estas preguntas pueden destruir emocionalmente a una persona.

Es lamentable que muchos hermanos no adviertan que, detrás de los grandes testimonios de sanidad, existe también una multitud que asiste a esos eventos sin recibir la respuesta que anhelaba. Con cierta lógica, los testimonios que se publican son los de quienes experimentaron un milagro, no los de aquellos que llegaron enfermos y se marcharon en la misma condición.

Recuerdo el testimonio de un hermano en la campaña de un conocido tele-evangelista. Él dijo: “Hace seis años que sigo a este predicador, he asistido a cada uno de sus eventos y hoy, gracias a Dios, he recibido mi sanidad...” Esto significa que durante seis años ese hermano llegó enfermo y regresó a su casa sin experimentar sanidad. Reitero: es lógico que se compartan los testimonios de milagros ocurridos, pero no debemos ignorar que no todas las batallas son ganadas.

Cuando alguien no considera esto, puede llegar a pensar que el problema es suyo, y no es verdad.

El enemigo utiliza precisamente esos momentos de vulnerabilidad para sembrar culpa y separación interior respecto del Señor. Porque cuando el creyente comienza a verse constantemente como un fracaso espiritual, pierde libertad para acercarse confiadamente al Padre.

El evangelio verdadero no fue diseñado para esclavizar al alma bajo culpa permanente. **Romanos 8:1** declara: *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”*. Observemos cuidadosamente la fuerza de esa afirmación. Ninguna condenación. El creyente puede experimentar corrección, formación y disciplina amorosa de parte de Dios, pero no vive bajo una sentencia constante de rechazo espiritual.

La diferencia entre convicción del Espíritu Santo y condenación del enemigo es enorme. El Espíritu Santo confronta áreas específicas para llevar al arrepentimiento y restauración. Satanás, en cambio, acusa de manera general, aplastante y desesperante, intentando destruir la identidad del creyente como hijo amado de Dios.

Algunas personas ya no oran desde la confianza en el amor del Padre, sino desde miedo. Temen decir algo incorrecto. Temen expresar dolor. Temen admitir cansancio o tristeza porque alguien podría acusarlas inmediatamente de incredulidad. Esto produce una espiritualidad artificial,

donde el creyente aprende a ocultar sus luchas reales detrás de frases religiosas obligatorias.

Pero la Biblia jamás enseña que la fe genuina consista en fingir perfección emocional. David lloró delante de Dios. Jeremías expresó profunda angustia. Pablo habló abiertamente de tribulaciones y debilidades. Incluso Jesús expresó la intensidad de su sufrimiento delante del Padre. La verdadera espiritualidad no consiste en negar la realidad humana, sino en aprender a permanecer unido a Dios dentro de ella.

Uno de los problemas más peligrosos del evangelio de la culpa es que desplaza silenciosamente el enfoque desde Cristo hacia el esfuerzo humano. El creyente deja de mirar principalmente a la obra perfecta de Jesús y comienza a obsesionarse consigo mismo: su nivel de fe, su desempeño espiritual, sus emociones, sus palabras, sus pensamientos. La vida cristiana se transforma entonces en una carga agotadora donde la persona intenta constantemente “producir” suficiente espiritualidad para obtener respuestas de Dios, pero la gracia jamás funciona así.

Efesios 2:8 y 9 declara: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe... no por obras”*. Y aunque el contexto inmediato habla de salvación, el principio sigue siendo profundamente revelador: la relación con Dios se sostiene sobre la obra de Cristo y no sobre méritos humanos.

Esto no elimina la importancia de la fe, la oración o la obediencia. Pero sí coloca todas esas cosas en el lugar correcto. Nosotros no buscamos a Dios para ganar Su amor; buscamos a Dios porque ya somos amados en Cristo. No oramos intentando manipular al Señor mediante rendimiento espiritual; oramos desde una comunión de confianza con el Padre.

Hay personas profundamente heridas por malas enseñanzas acerca de sanidad. Algunos perdieron familiares después de haber recibido promesas irresponsables de milagros garantizados. Otros fueron acusados cruelmente de falta de fe mientras atravesaban enfermedades terminales. Algunos incluso abandonaron completamente la Iglesia porque asociaron el evangelio con culpa, manipulación y falsas expectativas. ¡Qué distante está todo eso del corazón de Jesús!

Él jamás utilizó el sufrimiento humano para exhibir superioridad espiritual. Nunca convirtió a los enfermos en culpables públicos. Por el contrario, acercaba descanso a los cansados. ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”*** (Mateo 11:28). El verdadero evangelio trae descanso al alma.

No un descanso superficial basado en negar los problemas, sino la profunda seguridad de saber que el amor de Dios permanece estable aun en medio de nuestras debilidades y luchas.

Esto resulta especialmente importante para quienes atraviesan enfermedades prolongadas. Todos necesitamos recordar constantemente que nuestra identidad delante de Dios no depende de la condición actual de nuestro cuerpo. La enfermedad no cancela el amor del Padre. La debilidad física no elimina la gracia divina. El hecho de que una respuesta tarde no significa que el cielo haya cerrado sus puertas.

La cruz sigue siendo la evidencia suprema del amor de Dios, y si el Padre entregó a su propio Hijo por nosotros, entonces podemos estar seguros de que no nos abandona en medio del dolor.

La Iglesia necesita urgentemente recuperar el espíritu pastoral de Cristo. Necesita dejar de tratar a los quebrantados como proyectos defectuosos que deben demostrar suficiente fe para ser aceptados. Necesita aprender nuevamente a acompañar con compasión, humildad y verdad. Porque muchas veces, detrás de una sonrisa religiosa, existen personas agotadas de luchar no solamente contra la enfermedad, sino también contra la culpa que ciertas enseñanzas han colocado sobre sus hombros.

***“El Señor da poder a los indefensos
y fortaleza a los débiles.
Hasta los jóvenes se debilitan y se cansan,
y los hombres jóvenes caen exhaustos.
En cambio, los que confían en el Señor encontrarán
nuevas fuerzas...”***

Isaías 40:29 al 31 NTV

Capítulo quince

EL PELIGRO DE NEGAR LA MEDICINA

*“Respeta al médico por sus servicios,
pues también a él lo instituyó Dios.
El médico recibe de Dios su ciencia...”*
Eclesiastés 38:1 y 2 DHH

A lo largo de la historia de la Iglesia han existido momentos de gran desequilibrio en relación con la fe y el uso de los recursos médicos. Algunos creyentes, movidos por un sincero deseo de confiar plenamente en el poder de Dios, terminaron desarrollando una oposición innecesaria hacia la medicina, los tratamientos y toda ayuda científica relacionada con la salud. Bajo ciertas enseñanzas extremas, acudir a un médico comenzó a ser visto casi como una señal de incredulidad, como si buscar ayuda profesional significara automáticamente una falta de confianza en el Señor.

Sin embargo, esta manera de pensar no solamente carece de equilibrio bíblico, sino que además ha producido sufrimiento innecesario, culpa espiritual y, en algunos casos,

consecuencias profundamente dolorosas para muchas familias.

La Biblia jamás presenta a Dios y a la medicina como enemigos. El mismo Señor capaz de sanar sobrenaturalmente también es el Creador de toda inteligencia, conocimiento y capacidad humana. Toda verdad auténtica proviene finalmente de Él. **Santiago 1:17** declara: ***“Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto”***. Esto incluye también la capacidad que Dios permitió desarrollar al ser humano para investigar, aprender, tratar enfermedades y aliviar sufrimientos físicos.

A veces ciertos creyentes hablan de la medicina como si fuese algo completamente separado de la gracia divina, pero la realidad es que Dios muchas veces obra precisamente a través de medios humanos, procesos naturales y recursos médicos. El hecho de que el Señor pueda hacer milagros sobrenaturales no significa que rechace toda herramienta natural que también puede traer alivio, restauración o cuidado al cuerpo humano.

Uno de los detalles más interesantes del Nuevo Testamento es que Lucas, autor del Evangelio de Lucas y del libro de Hechos, era médico. Pablo lo menciona en **Colosenses 4:14** diciendo: ***“Os saluda Lucas el médico amado”***. Resulta significativo que el Espíritu Santo no ocultara ni minimizara esta profesión. Lucas formaba parte del círculo cercano apostólico y fue utilizado poderosamente para escribir una gran porción de las Escrituras. Esto ya

debería bastar para desmontar la idea de que el ejercicio de la medicina es incompatible con la fe cristiana.

Otra cosa es el exceso de confianza en las medicinas, el abuso de los laboratorios, las mentiras y las perversas maquinaciones que han operado a la sombra de esta industria. No niego en absoluto esta realidad, lo cual no quita el lado útil de la medicina honesta. La Biblia nos muestra constantemente la importancia de pensar con sabio equilibrio. Dios sana sobrenaturalmente, pero también llama al hombre a actuar con sabiduría y responsabilidad.

Uno de los peligros más grandes de ciertos extremismos espirituales es que terminan colocando a las personas bajo presión innecesaria. Hay creyentes que sienten culpa por tomar medicamentos, realizar tratamientos o consultar profesionales de la salud porque fueron enseñados a pensar que eso demuestra falta de fe. Algunos incluso abandonan tratamientos importantes intentando probar espiritualmente que “confían solamente en Dios”, pero la verdadera fe no necesita despreciar los recursos que Dios permite para el cuidado humano.

La fe madura comprende que el Señor puede obrar de múltiples maneras. Puede sanar instantáneamente mediante un milagro sobrenatural. Puede permitir y utilizar un tratamiento médico. Puede traer restauración progresiva a través de procesos naturales. Pero en todos los casos, sigue siendo Dios quien sostiene la vida humana, así como determina su fin.

El problema muchas veces no está en la medicina, sino en el corazón humano. Algunas personas reemplazan completamente su dependencia de Dios por confianza absoluta en recursos humanos. Otras hacen exactamente lo contrario: rechazan toda ayuda natural creyendo que eso las vuelve más espirituales. Pero el Reino de Dios funciona en equilibrio.

Los cristianos pueden orar fervientemente por sanidad y al mismo tiempo consultar un médico. Pueden esperar milagros y también realizar tratamientos responsables. Pueden creer en el poder sobrenatural de Dios sin caer en fanatismos peligrosos.

De hecho, rechazar irresponsablemente cuidados básicos del cuerpo puede transformarse también en una forma de orgullo espiritual disfrazado de fe. Hay personas que, bajo apariencia de espiritualidad, en realidad están intentando demostrar algo delante de otros o incluso delante de sí mismas. Pero la fe genuina no necesita exhibirse mediante decisiones imprudentes.

Jesús mismo declaró que ***“los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos”*** (Lucas 5:31). Aunque la frase tiene un contexto espiritual relacionado con el arrepentimiento, resulta interesante que Cristo utilice naturalmente la figura del médico sin condenarla en absoluto.

El cuerpo humano sigue siendo frágil. Vivimos en un mundo afectado por la caída. Existen enfermedades

complejas, procesos degenerativos y condiciones físicas que requieren atención responsable. Ignorar completamente esa realidad no es espiritualidad; muchas veces es simplemente imprudencia.

Por supuesto, también debemos reconocer que la ciencia médica posee límites. Los médicos no son dioses. Los tratamientos no garantizan resultados absolutos. Y la humanidad, a pesar de todos sus avances, continúa enfrentando enormes limitaciones frente al sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Por eso el creyente no coloca su confianza última en los hombres, sino en Dios.

La medicina puede tratar el cuerpo, pero solamente Cristo puede sostener plenamente el alma. Y aun los mejores tratamientos humanos continúan dependiendo finalmente de la gracia de Dios que sostiene la vida.

En el Antiguo Testamento vemos a Isaías ordenando colocar una masa de higos sobre la llaga de Ezequías como parte de su recuperación (**Isaías 38:21**). El milagro y el medio práctico aparecen juntos. Dios pudo haber sanado instantáneamente sin ningún proceso visible, pero decidió utilizar también un recurso concreto dentro de la restauración del rey. Esto debería enseñarnos humildad.

Muchas veces el orgullo humano busca fórmulas absolutas porque resulta más sencillo moverse en extremos que caminar en equilibrio. Pero el discernimiento espiritual

maduro aprende a reconocer que Dios es soberano y puede actuar de maneras diversas.

Hay creyentes que recibieron milagros extraordinarios sin intervención médica. Otros fueron restaurados a través de cirugías, tratamientos y procesos largos donde igualmente experimentaron la mano de Dios sosteniéndolos. Y también existen quienes, aun atravesando enfermedades prolongadas, descubrieron una comunión con Cristo más profunda que cualquier alivio físico temporal. El problema comienza cuando convertimos experiencias particulares en doctrinas rígidas para todos.

Algunas personas que experimentaron un milagro sobrenatural terminan menospreciando a quienes atraviesan procesos médicos. Otros, decepcionados por ciertos excesos religiosos, caen en incredulidad total respecto del poder sobrenatural de Dios. Pero el creyente maduro no necesita elegir entre fe o sabiduría; aprende a caminar con ambas.

Además, el cuerpo humano debe ser cuidado responsablemente. El apóstol Pablo enseñó que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo (**1 Corintios 6:19**). Esto implica valorar la salud, descansar adecuadamente, alimentarse con sabiduría y actuar responsablemente respecto del cuidado físico. No todo sufrimiento físico proviene de ataques espirituales; muchas veces también existen consecuencias relacionadas con agotamiento extremo, malos hábitos, estrés prolongado o descuido personal.

La espiritualidad genuina no desprecia la humanidad; aprende a administrarla correctamente delante de Dios, y aun cuando el cuerpo se debilita o atraviesa procesos difíciles, podemos descansar en una verdad profundamente consoladora: el Señor continúa siendo soberano tanto sobre los milagros sobrenaturales como sobre los procesos humanos más ordinarios, porque Él no deja de ser Dios cuando debemos entrar a un hospital.

Tampoco abandona a sus hijos porque necesiten tratamientos médicos. La gracia divina sigue sosteniendo la vida aun en medio de diagnósticos, medicamentos y procesos largos. Y muchas veces, precisamente allí, en medio de la fragilidad humana y de la limitación de los recursos terrenales, el alma aprende nuevamente que toda nuestra existencia continúa dependiendo finalmente de la misericordia del Señor.

Capítulo dieciséis

LA OBSESIÓN MODERNA CON EL BIENESTAR

Vivimos en una generación que ha convertido el bienestar personal en uno de los valores supremos de la existencia humana. Nunca antes la humanidad había tenido tantas comodidades, tantos avances tecnológicos, tantos recursos para facilitar la vida cotidiana y, sin embargo, nunca antes había mostrado tanta incapacidad para tolerar el sufrimiento, la incomodidad o el dolor.

La cultura moderna gira obsesivamente alrededor del placer, la satisfacción inmediata y la búsqueda constante de experiencias agradables. Todo aquello que incomoda, limita o produce esfuerzo debe ser evitado a cualquier costo.

Esta mentalidad no solamente domina el mundo secular; también ha penetrado profundamente dentro de muchos sectores de la Iglesia. En algunos lugares, el evangelio ha sido reducido casi exclusivamente a una promesa de bienestar personal, éxito visible y ausencia de dificultades.

Se predica más acerca de comodidad que de santidad, más acerca de realización individual que de transformación espiritual, más acerca de evitar el dolor que de seguir a Cristo. Sin embargo, cuando observamos las Escrituras descubrimos que el Reino de Dios jamás fue presentado como un camino centrado en la comodidad humana.

Jesús nunca llamó a sus discípulos prometiéndoles una vida libre de conflictos o sufrimientos. Por el contrario, declaró: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”*** (Lucas 9:23). Estas palabras resultan profundamente incómodas para una generación obsesionada con el bienestar. Cristo no colocó el confort personal en el centro del discipulado; colocó la rendición, la obediencia y la comunión con Él.

La cruz jamás fue símbolo de comodidad. En realidad es un símbolo de muerte al ego, entrega total y dependencia absoluta de Dios. Pero el hombre moderno rechaza profundamente todo aquello que confronte su deseo constante de satisfacción inmediata, por eso el mensaje de la cruz no es el más popular.

La cultura actual enseña a vivir evitando cualquier experiencia dolorosa. Si algo incomoda, debe ser eliminado rápidamente. Si una relación exige sacrificio, debe abandonarse. Si una situación produce sufrimiento, inmediatamente se busca escapar. Y aunque ciertamente nadie desea naturalmente el dolor, el problema aparece cuando el bienestar se transforma en un ídolo.

Entendamos que cualquier cosa colocada en el centro del corazón humano termina gobernando la vida, y hoy en día, muchas personas, incluso dentro del ámbito cristiano, viven gobernadas por una necesidad desesperada de sentirse constantemente bien. Su paz depende completamente de las circunstancias. Si todo marcha favorablemente, sienten que Dios está cerca. Pero cuando aparecen dificultades, enfermedad o procesos dolorosos, su estabilidad espiritual comienza a derrumbarse rápidamente. Esto ocurre porque gran parte del cristianismo moderno ha perdido la perspectiva eterna del Reino.

La Iglesia primitiva comprendía algo que esta generación muchas veces ha olvidado: esta tierra no es nuestro destino final. Los primeros creyentes vivían con la mirada puesta en la eternidad. Sabían que seguir a Cristo podía implicar persecución, rechazo, sufrimiento e incluso martirio. Y aun así permanecían firmes porque habían descubierto una realidad superior a la comodidad temporal.

Pablo escribió en **Romanos 8:18**: *“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera”*. Observe el contraste. Pablo no niega las aflicciones; las reconoce plenamente. Pero las coloca bajo la luz de una gloria eterna infinitamente mayor.

La generación actual, en cambio, muchas veces interpreta cualquier dificultad como señal automática de que algo está mal espiritualmente. Si aparece enfermedad,

frustración o dolor, inmediatamente se piensa que la vida se salió del propósito de Dios. Pero las Escrituras muestran que muchos de los hombres y mujeres más fieles atravesaron temporadas profundamente difíciles sin dejar por eso de caminar dentro de la voluntad divina.

Jesús mismo fue ***“varón de dolores, experimentado en quebranto”*** (Isaías 53:3). Resulta imposible seguir verdaderamente a Cristo mientras se rechaza completamente toda forma de sufrimiento. El evangelio no fue diseñado para alimentar la obsesión humana con el confort; vino para transformar radicalmente el corazón del hombre.

Uno de los grandes problemas de la obsesión moderna con el bienestar es que produce creyentes extremadamente frágiles espiritualmente. Personas incapaces de perseverar cuando aparecen pruebas, enfermedades o procesos prolongados. Mientras todo funciona bien, mantienen entusiasmo espiritual. Pero cuando el dolor llega, rápidamente se desilusionan, se frustran o incluso se alejan del Señor.

Jesús habló precisamente acerca de esto en la parábola del sembrador. Algunos reciben la palabra con gozo inmediato, pero ***“venida la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan”*** (Mateo 13:21). La profundidad espiritual se revela verdaderamente en la capacidad de permanecer unidos a Cristo aun cuando las circunstancias dejan de ser cómodas.

La comodidad constante muchas veces debilita el alma más de lo que las personas imaginan. Cuando el ser humano obtiene todo rápidamente, fácilmente pierde capacidad de perseverancia, dependencia y paciencia espiritual. El sufrimiento, en cambio, aunque doloroso, muchas veces confronta superficialidades internas y produce madurez más profunda.

Esto no significa glorificar enfermizamente el dolor ni negar la compasión hacia quienes sufren. Jesús sanó enfermos, alimentó multitudes y consoló quebrantados. El Reino de Dios trae esperanza, restauración y misericordia. Pero una cosa es recibir el consuelo de Dios y otra muy distinta convertir el bienestar personal en el centro absoluto de la vida espiritual.

El evangelio moderno del confort ha producido enormes frustraciones porque promete implícitamente algo que las Escrituras jamás garantizaron: una vida libre de sufrimiento mientras permanezcamos en este mundo caído. Y cuando inevitablemente llegan la enfermedad, las pérdidas o las temporadas difíciles, muchos creyentes se sienten traicionados espiritualmente porque esperaban una experiencia cristiana completamente distinta.

Pero el Reino de Dios es mucho más profundo que una búsqueda constante de comodidad emocional o física. El Señor trabaja principalmente en el interior del hombre. Busca formar el carácter de Cristo en nosotros. Y muchas veces ese

proceso ocurre precisamente en temporadas donde nuestras seguridades terrenales comienzan a quebrarse.

Hay cosas que solamente se aprenden en los valles de sombras. La paciencia profunda no nace en la comodidad permanente; la dependencia genuina no crece cuando el hombre siente que controla todo; la intimidad más profunda con Dios muchas veces surge en temporadas donde el alma descubre cuánto necesita realmente la gracia divina.

Pablo supo decir: ***“He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación”*** (Filipenses 4:11). Qué diferente es esta actitud respecto del espíritu moderno. Pablo no basaba su estabilidad en circunstancias ideales, sino en una relación profunda con Cristo. Había aprendido a vivir sostenido por algo mucho más sólido que el bienestar externo.

Esto no significa conformismo pasivo ni resignación fatalista. El creyente puede orar por sanidad, buscar alivio, descansar y agradecer las bendiciones de Dios. El problema aparece cuando el corazón comienza a creer que la comodidad es una necesidad absoluta para poder vivir en paz. Porque entonces cualquier dificultad se transforma inmediatamente en crisis espiritual.

La realidad es que muchos creyentes descubren la suficiencia de Cristo solamente cuando ciertas comodidades desaparecen. Mientras todo marcha bien, fácilmente podemos depender de nuestros recursos, estabilidad o control

personal. Pero cuando el sufrimiento toca la puerta, el alma comienza a buscar refugio más profundamente en Dios.

El Reino de Dios no promete simplemente comodidad temporal, promete algo infinitamente mayor: la presencia de Cristo acompañándonos en medio de cualquier circunstancia y una esperanza eterna que trasciende completamente el sufrimiento presente. Por eso podemos atravesar incluso temporadas de dolor sin perder completamente la paz. No porque el sufrimiento deje de doler, sino porque existe una realidad superior sosteniendo nuestra alma: “La eternidad”.

Cuando el corazón comienza a vivir bajo la luz de esa eternidad, muchas de las obsesiones modernas pierden poder sobre nosotros. Entonces dejamos de vivir esclavizados por la necesidad constante de sentirnos bien y comenzamos a descubrir algo mucho más profundo: Que Cristo sigue siendo suficiente aun en medio de un mundo que continúa fracturado por la oscuridad.

PARTE VI

ESPERANZA PARA EL CREYENTE ENFERMO

Capítulo diecisiete

CÓMO ATRAVESAR LA ENFERMEDAD CON FE

“Porque por fe andamos, no por vista.”

2 Corintios 5:7

Cuando la enfermedad llega y el sufrimiento comienza a prolongarse, el creyente entra en una de las temporadas más vulnerables de toda la experiencia humana. No solamente el cuerpo se debilita; también el alma puede comenzar a cansarse. Aparecen preguntas, temores, agotamiento emocional y momentos donde la esperanza parece disminuir lentamente. Hay días en que la fe permanece firme y llena de expectativa, pero también existen noches donde el corazón humano se siente confundido, desgastado y profundamente necesitado del consuelo de Dios.

En esos procesos, una de las preguntas más importantes no es solamente cómo obtener sanidad, sino cómo atravesar la enfermedad sin perder la comunión con Cristo. Porque aunque muchos milagros ocurren de manera gloriosa e inmediata, también existen temporadas donde el

debemos aprender a caminar sostenidos diariamente por la gracia de Dios mientras atravesamos procesos largos y difíciles.

La fe verdadera no se revela únicamente cuando el milagro llega rápidamente; también se manifiesta cuando el alma continúa aferrándose al Señor en medio de la espera.

Por eso resulta tan importante comprender que atravesar la enfermedad con fe no significa fingir fortaleza permanente ni negar el dolor humano. La espiritualidad genuina no consiste en actuar como si nada doliera. El creyente puede llorar, cansarse y aun así permanecer profundamente unido a Dios. Los Salmos están llenos de clamores pronunciados desde el quebranto sin perder por eso la esencia de la fe.

David escribió: ***“Escucha, oh Jehová, mi oración... no escondas de mí tu rostro en el día de mi angustia”*** (Salmo 102:1 y 2). Qué honestidad tan profunda. David no ocultaba su sufrimiento delante de Dios. Derramaba su alma con sinceridad. Y precisamente allí encontramos una de las claves más importantes para atravesar el dolor con fe: mantener una relación viva y auténtica con el Señor.

Muchos creyentes, cuando la enfermedad se prolonga, comienzan lentamente a aislarse espiritualmente. Algunos dejan de orar porque sienten frustración al no recibir respuestas inmediatas. Otros se apartan emocionalmente de Dios porque internamente creen que el Señor los ha olvidado.

Pero precisamente en las temporadas más difíciles es cuando el alma más necesita permanecer cerca de la presencia divina.

A veces el creyente ya no tiene fuerzas para largas expresiones elaboradas, pero la oración que atraviesa el corazón se vuelve refugio. Hay momentos donde solamente puede decir: “Señor, sostenme”. Y aun esas oraciones quebrantadas poseen enorme valor delante del Padre. **Romanos 8:26** declara que *“el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”*. Qué promesa tan gloriosa. Dios no espera perfección emocional para acercarse a nosotros. El Espíritu Santo acompaña incluso los momentos donde nuestras fuerzas parecen agotarse.

La enfermedad muchas veces confronta al ser humano con sus propios límites. Personas acostumbradas a sostenerlo todo descubren repentinamente su fragilidad. Y aunque eso puede resultar profundamente doloroso, también puede convertirse en una oportunidad para aprender una dependencia más real de Dios.

Uno de los mayores peligros durante procesos prolongados es permitir que el corazón se llene de amargura. El dolor continuo, las respuestas demoradas y el cansancio emocional pueden lentamente endurecer el alma. Algunas personas comienzan a compararse con otros, preguntándose por qué ciertos creyentes reciben milagros rápidamente mientras ellos continúan esperando. Otras desarrollan resentimiento silencioso hacia Dios, aunque externamente continúen participando de actividades espirituales.

Por su parte, la amargura tiene un poder destructivo enorme. **Hebreos 12:15** advierte acerca de “*alguna raíz de amargura*” que puede brotar y contaminar el corazón. El enemigo sabe que, si logra transformar el sufrimiento en resentimiento, el alma comenzará lentamente a alejarse de la comunión profunda con Dios.

Por eso resulta tan importante aprender a rendir continuamente el corazón delante del Señor. No fingiendo emociones inexistentes, sino entregándole honestamente incluso nuestras luchas internas. Dios puede trabajar con un corazón quebrantado y sincero. Lo que endurece el alma es cerrar internamente el acceso a la gracia divina.

También resulta fundamental comprender la importancia del cuerpo de Cristo durante la enfermedad. Muchos creyentes intentan atravesar solos procesos que Dios nunca diseñó para vivir en aislamiento. La Iglesia no es simplemente un lugar de reuniones; es una familia espiritual llamada a sostenerse mutuamente.

Gálatas 6:2 dice: “*Sobrellevad los unos las cargas de los otros*”. Hay algo profundamente sanador en la presencia de hermanos maduros que acompañan con amor, oración y compasión genuina. No con discursos vacíos ni fórmulas rápidas, sino con la disposición humilde de caminar junto al que sufre.

Lamentablemente, algunos creyentes enfermos terminan alejándose porque se sienten incomprendidos o

juzgados. Han escuchado frases superficiales, promesas irresponsables o acusaciones de falta de fe. Pero la verdadera Iglesia debe reflejar el corazón de Cristo: cercanía, misericordia y verdad.

A veces el mayor milagro que una persona necesita no es solamente alivio físico inmediato, sino experimentar el amor de Dios a través de una comunidad que permanece cerca aun en medio del valle.

La enfermedad también exige aprender a descansar en Dios diariamente. Esto no significa pasividad espiritual ni resignación fatalista. Significa dejar de intentar controlar desesperadamente aquello que solamente el Señor puede sostener. Hay procesos donde el alma necesita aprender a vivir un día a la vez.

Jesús dijo: ***“No os afanéis por el día de mañana”*** (Mateo 6:34). Qué importante se vuelve esta enseñanza cuando una persona enfrenta incertidumbre respecto de su salud. El miedo al futuro puede consumir lentamente el corazón. “¿Qué ocurrirá después?”, “¿Y si empeoro?”, “¿Y si nunca sano?” Son pensamientos que fácilmente pueden dominar la mente humana.

Pero la fe aprende a descansar en la gracia diaria de Dios. No siempre recibimos fuerzas para cargar de una vez todo el peso del mañana. Muchas veces el Señor entrega gracia suficiente solamente para el día presente. Y allí el

creyente descubre algo maravilloso: Dios realmente sostiene paso a paso.

Isaías 40:29 declara: *“Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas”*. Observe que la promesa no está dirigida al autosuficiente, sino al cansado. El Señor no abandona al que llega al límite de sus fuerzas humanas.

Hay personas que, en medio de enfermedades prolongadas, desarrollan una comunión con Cristo mucho más profunda que durante años de comodidad. La oración deja de ser rutina. La presencia de Dios se vuelve necesidad vital. La eternidad comienza a verse con mayor claridad. El alma aprende lentamente a valorar más profundamente aquello que realmente permanece.

Esto no elimina el dolor físico ni significa que la enfermedad sea buena en sí misma. El sufrimiento continúa siendo consecuencia de un mundo caído. Pero Dios posee la capacidad gloriosa de sostener y transformar interiormente al creyente incluso en medio de aquello que el enemigo intentó utilizar para destruirlo.

Y mientras el cuerpo atraviesa procesos de debilidad, el Espíritu Santo continúa trabajando profundamente en el interior del hombre, fortaleciendo, consolando, sosteniendo, recordándonos que, aun en medio del valle, seguimos bajo el señorío de Cristo.

Capítulo dieciocho

LA PAZ DE DIOS EN MEDIO DEL DOLOR

Existen clases de paz que dependen completamente de las circunstancias. Son frágiles, temporales y superficiales. Mientras todo marcha bien, el corazón permanece tranquilo; pero cuando aparece el sufrimiento, la enfermedad o la incertidumbre, esa tranquilidad desaparece rápidamente.

La paz del mundo funciona de esa manera: necesita control, seguridad visible y ausencia de problemas para sostenerse. Pero la paz que Cristo ofrece es profundamente diferente. No nace de circunstancias perfectas, sino de la presencia de Dios habitando en medio de circunstancias imperfectas.

Por eso Jesús declaró algo extraordinario poco antes de ir a la cruz: ***“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da”*** (Juan 14:27). Observe cuidadosamente esas palabras. Cristo distingue claramente entre la paz humana y la paz del Reino. La primera depende

de lo externo; la segunda nace de una realidad espiritual mucho más profunda y estable.

Esta verdad se vuelve especialmente importante cuando el creyente atraviesa enfermedad o sufrimiento prolongado. Porque uno de los ataques más intensos del enemigo durante esos procesos ocurre precisamente sobre la paz interior. El dolor físico puede desgastar el cuerpo, pero el temor, la ansiedad y la desesperación pueden desgastar aún más profundamente el alma.

Hay noches donde el cuerpo duele y la mente no logra descansar. Momentos donde el futuro parece incierto y las preguntas comienzan a multiplicarse. El corazón humano naturalmente busca seguridad, pero la enfermedad muchas veces confronta brutalmente nuestra incapacidad de controlar la vida. Allí es donde la paz de Dios deja de ser una simple doctrina y se transforma en una necesidad vital.

Pablo escribió en **Filipenses 4:6 y 7**: ***“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios... y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones”***. Qué expresión tan profunda: una paz que sobrepasa el entendimiento. Esto significa que no depende de lógica humana ni de circunstancias favorables. Es una obra sobrenatural del Espíritu Santo sosteniendo el interior del creyente incluso cuando externamente el dolor continúa presente.

Muchos piensan erróneamente que tener paz significa no sentir tristeza, temor o cansancio. Pero la paz bíblica no consiste en ausencia total de emociones humanas. Jesús mismo experimentó angustia en Getsemaní, y aun así permaneció completamente rendido al Padre. La verdadera paz no elimina automáticamente toda lucha emocional; permite que el corazón permanezca sostenido por Dios en medio de ellas.

Esto cambia profundamente la manera de atravesar el sufrimiento, porque al comprender la verdad ya no necesitamos fingir perfección emocional para demostrar espiritualidad. Podemos reconocer honestamente nuestro cansancio y al mismo tiempo descansar en la presencia del Señor. Podemos llorar sin perder esperanza y podemos sentir debilidad sin dejar de confiar.

La paz del Reino no nace de negar la realidad del dolor; nace de saber que el Señor permanece soberano aun dentro de esa realidad.

Uno de los procesos más difíciles durante la enfermedad es la rendición interior. El ser humano desea controlar, entender y asegurar el futuro. Pero muchas veces el sufrimiento conduce al creyente hacia un lugar donde debe aprender a descansar en Dios aun sin comprender completamente el camino. Y allí ocurre una de las transformaciones más profundas del alma.

La rendición no significa derrota espiritual. Significa dejar de luchar desesperadamente por controlar aquello que solamente puede sostenerse en las manos de Dios.

Muchos creyentes encuentran enorme dificultad en este punto porque han sido enseñados a pensar que rendirse equivale a perder la fe. Pero la verdadera fe madura justamente conduce a una confianza tan profunda en Dios que el alma puede descansar incluso cuando no logra controlar el resultado.

La paz comienza a crecer cuando el corazón deja de exigir explicaciones inmediatas para cada proceso y aprende a confiar en el carácter del Padre. Esto no significa que el dolor deje de doler. La enfermedad sigue siendo difícil. Las limitaciones físicas continúan siendo reales. Pero en medio de todo eso, descubrimos lentamente que existe una Roca más firme que cualquier circunstancia cambiante: el amor inmutable de Dios.

Romanos 8:38 y 39 declara que nada podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús. Nada. Ni muerte, ni vida, ni angustia, ni enfermedad, ni sufrimiento. Qué descanso tan profundo para el alma cansada. El amor del Padre no fluctúa según la condición física del creyente. Dios no ama menos a sus hijos cuando están débiles. Tampoco se aleja porque el milagro todavía no haya llegado.

Pablo comprendió esto profundamente. Por eso pudo escribir desde prisiones, persecuciones y sufrimientos

hablando acerca del gozo y la paz de Dios. Su estabilidad interior no dependía exclusivamente de condiciones externas favorables. Había aprendido a vivir sostenido por la gracia.

Esto no ocurre instantáneamente. La paz profunda muchas veces se desarrolla lentamente mientras el creyente continúa acercándose a Dios día tras día en medio del valle. Hay noches de oración silenciosa donde el alma comienza a quietarse delante del Señor. Hay momentos donde la presencia del Espíritu Santo trae consuelo imposible de explicar humanamente. Hay lágrimas que terminan transformándose en descanso interior porque el corazón descubre nuevamente que no está solo.

Isaías 26:3 declara: *“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera”*. La paz crece cuando el corazón permanece enfocado en Dios y no solamente en el dolor. Esto no significa ignorar la realidad del sufrimiento, sino impedir que el sufrimiento se transforme en el centro absoluto de la existencia.

La enfermedad pueda limitar el cuerpo, no puede apagar la presencia del Espíritu Santo dentro del alma rendida a Dios.

Capítulo diecinueve

LA ESPERANZA FINAL DEL CRISTIANO

*“Porque yo conozco los planes que tengo para ustedes,
afirma el Señor, planes de bienestar y no de calamidad, a
fin de darles un futuro y una esperanza”.*

Jeremías 29:11

Toda la creación humana vive intentando escapar de una realidad inevitable: este mundo, tal como lo conocemos hoy, está marcado por la fragilidad, la corrupción y la muerte. El cuerpo envejece, las fuerzas disminuyen y aun los mayores avances humanos continúan siendo incapaces de detener completamente el deterioro producido por la caída.

La enfermedad y el sufrimiento son recordatorios constantes de que la creación todavía gime esperando una restauración definitiva. Sin embargo, el creyente posee una esperanza que trasciende completamente los límites de esta vida presente. El evangelio no solamente ofrece consuelo temporal para atravesar el dolor; anuncia una redención final

y gloriosa donde toda consecuencia del pecado será removida para siempre.

Esta esperanza eterna es una de las verdades más olvidadas dentro del cristianismo moderno. Muchas veces la Iglesia ha reducido el evangelio casi exclusivamente a mejorar la experiencia terrenal presente, olvidando que el centro de la esperanza cristiana siempre estuvo puesto en el Reino venidero y en la resurrección futura. Los primeros creyentes vivían mirando hacia la eternidad. Sabían que esta vida era pasajera y que la gloria definitiva todavía estaba por manifestarse plenamente.

La esperanza cristiana no consiste simplemente en soportar el dolor hasta morir. Consiste en la certeza gloriosa de que Cristo resucitó y que, así como Él venció la muerte, también transformará completamente a quienes pertenecemos a Su Reino.

La resurrección de Jesús no fue solamente un milagro aislado dentro de la historia; fue el comienzo de una nueva creación. Cuando Cristo salió victorioso del sepulcro, derrotó definitivamente el poder final de la muerte. Por eso Pablo declara en **1 Corintios 15:54 y 55**: ***“Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”***

Qué esperanza tan poderosa para el creyente que atraviesa enfermedad, debilidad o sufrimiento físico. Nuestro destino final no es permanecer eternamente atrapados dentro de cuerpos quebrantados por la caída. La promesa del evangelio incluye la glorificación futura del cuerpo.

Muchas veces los cristianos hablan acerca de la salvación solamente en términos espirituales, pero las Escrituras revelan algo mucho más profundo: Dios redimirá completamente al hombre. **Romanos 8:23** dice que nosotros mismos *“esperamos... la redención de nuestro cuerpo”*. Esto significa que la obra de Cristo alcanzará finalmente cada dimensión de nuestra existencia.

El cuerpo que hoy se debilita será transformado. Lo corruptible será vestido de incorrupción, lo mortal será absorbido por la vida eterna. Qué gloriosa esperanza para quienes viven luchando diariamente contra enfermedad, dolor o limitaciones físicas. El sufrimiento presente no tendrá la última palabra. La enfermedad no será eterna. El deterioro del cuerpo no continuará para siempre. Existe un día preparado por Dios donde toda consecuencia de la caída desaparecerá completamente bajo el gobierno eterno de Cristo.

Apocalipsis 21:4 describe ese momento glorioso diciendo: *“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor”*. Qué extraordinaria promesa. La eternidad no será simplemente una versión mejorada de esta vida presente.

Será la restauración definitiva de todas las cosas bajo el Reino perfecto de Dios.

En la eternidad no existirá enfermedad, no habrá hospitales, no habrá cuerpos deteriorándose, no existirán noches de angustia ni diagnósticos dolorosos. Todo aquello que hoy produce sufrimiento desaparecerá para siempre.

Esto cambia completamente la perspectiva del creyente frente al dolor presente. El sufrimiento continúa siendo real, pero ya no posee carácter eterno. La enfermedad puede afectar temporalmente el cuerpo, pero no puede destruir la esperanza del hijo de Dios. Porque nuestra historia no termina en el valle actual; termina en la gloria eterna de Cristo.

Por eso Pablo podía decir: ***“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4:17).*** Resulta impactante escuchar al apóstol llamar “leve” a sufrimientos que incluían persecuciones, cárceles, azotes y enormes dolores físicos y emocionales. ¿Por qué podía hablar así? Porque veía todo bajo la luz de la eternidad.

Cuando el ser humano vive solamente enfocado en esta vida presente, cualquier sufrimiento parece absoluto y definitivo. Pero cuando el corazón comienza a contemplar la gloria futura preparada en Cristo, incluso los valles más oscuros adquieren otra dimensión.

Esto no significa negar el dolor humano ni minimizar el sufrimiento de quienes atraviesan enfermedades difíciles. El evangelio nunca llama al creyente a volverse emocionalmente insensible. Pero sí enseña que existe una esperanza superior capaz de sostener el alma incluso en medio del quebranto.

La resurrección futura es una verdad profundamente consoladora para quienes sienten el peso del deterioro físico. Muchos creyentes experimentan tristeza al ver cómo sus cuerpos se debilitan con el paso del tiempo. Hay enfermedades que limitan movimientos, desgastan energías y transforman profundamente la experiencia cotidiana de vivir. Pero el evangelio declara que el cuerpo glorificado será completamente diferente.

Pablo explica en **1 Corintios 15** que se siembra cuerpo corruptible y resucitará incorruptible; se siembra en debilidad y resucitará en poder. Esto significa que el creyente no vivirá eternamente bajo las limitaciones actuales de un mundo caído. La gloria futura excede infinitamente todo lo que hoy podemos imaginar.

Y lo más glorioso de todo es que la esperanza final del cristiano no consiste solamente en recibir un cuerpo perfecto, sino en vivir eternamente con Cristo. Toda la historia de la redención apunta hacia ese momento donde Dios habitará plenamente con su pueblo. El sufrimiento terminará porque la separación producida por el pecado habrá sido removida

definitivamente. La creación entera será restaurada bajo el gobierno perfecto del Rey.

Esta esperanza produce enorme fortaleza espiritual en medio de las pruebas presentes. El creyente comprende que la enfermedad actual no define su destino eterno. El dolor no posee autoridad final sobre su vida. Incluso la muerte física perdió su victoria definitiva desde que Cristo resucitó.

Por eso los hijos de Dios podemos enfrentar incluso procesos profundamente difíciles sin desesperación absoluta. Hay lágrimas, sí. Hay dolor real, sí. Pero también existe una certeza eterna sosteniendo el corazón: lo mejor, lo perfecto, todavía está por venir.

La cultura moderna vive aterrorizada frente a la muerte porque no posee esperanza eterna verdadera. Intenta aferrarse desesperadamente a la juventud, al placer y a la prolongación de esta vida presente. Pero nosotros los hijos de Dios sabemos que existe algo infinitamente mayor preparado por Dios para nuestro futuro.

Nuestra herencia es eterna, nuestro futuro final no es la tumba, sino la gloria de Cristo. Y aunque hoy todavía caminemos en medio de un mundo quebrado, esperando muchas veces respuestas que no siempre comprendemos completamente, podemos seguir avanzando con esperanza firme. Porque llegará el día en que toda enfermedad desaparecerá para siempre.

Llegará el día en que el último enemigo, la muerte, será destruido definitivamente. Llegará el día en que veremos a Cristo cara a cara. Y entonces comprenderemos plenamente que ni un solo sufrimiento atravesado junto al Señor fue en vano. Porque nuestra historia no termina en el dolor, no termina en la tumba, sino que continúa en el Reino eterno de Dios.

CONCLUSIÓN

Llegamos al final de este recorrido hablando acerca de uno de los temas más sensibles, profundos y muchas veces más incomprensidos dentro de la vida cristiana: el sufrimiento humano, la enfermedad, el misterio de la sanidad divina y nuestra eternidad.

A lo largo de estas páginas hemos contemplado tanto el poder sobrenatural de Dios como la realidad dolorosa de un mundo caído. Hemos visto milagros, pero también debilidades; respuestas gloriosas, pero también silencios difíciles de comprender; cuerpos restaurados, pero también creyentes fieles sostenidos por la gracia en medio de procesos prolongados.

Y quizá allí se encuentra precisamente una de las verdades más importantes que la Iglesia necesita recuperar en este tiempo: el evangelio no es superficial. El Reino de Dios es mucho más profundo que una colección de frases triunfalistas destinadas a negar el sufrimiento humano.

Cristo nunca ignoró el dolor de las personas. Nunca despreció al enfermo. Nunca convirtió la debilidad humana en motivo de humillación espiritual. Por el contrario, los evangelios muestran constantemente a un Salvador acercándose al quebrantado con compasión, ternura y misericordia, y Él sigue siendo el mismo.

El Espíritu Santo continúa manifestando la realidad del Reino de Dios sobre la tierra. La Iglesia jamás debe abandonar la expectativa sobrenatural ni dejar de orar por los enfermos. Dios continúa siendo “Jehová Rafa”, el Señor que sana. Y muchísimos creyentes pueden testificar acerca de intervenciones gloriosas, restauraciones inesperadas y milagros que solamente pueden explicarse por el poder divino.

Pero al mismo tiempo, las Escrituras también nos muestran otra realidad que no puede ser ignorada: hay procesos donde la sanidad no llega de la manera esperada. Hay creyentes sinceros que oran, creen, esperan y aun así continúan atravesando enfermedades, debilidades y sufrimientos que no logran comprender completamente. Y eso no significa automáticamente ausencia de fe, rechazo divino ni abandono espiritual.

Uno de los mayores peligros del cristianismo moderno ha sido intentar simplificar aquello que la Biblia presenta con reverencia y profundidad. El sufrimiento humano no puede reducirse a fórmulas rápidas ni a explicaciones superficiales. Existen misterios que trascienden nuestra comprensión actual. Hay caminos de Dios que solamente serán entendidos plenamente bajo la luz de la eternidad.

Sin embargo, aun en medio de aquello que no comprendemos completamente, una verdad permanece absolutamente firme: “Dios sigue siendo bueno y sigue siendo fiel”.

El dolor no cambia el carácter del Padre, la enfermedad no destruye la fidelidad de Cristo, el silencio temporal de ciertas respuestas no significa ausencia divina. Tal vez podamos atravesar valles oscuros, pero jamás los atravesaremos solos.

A lo largo de este libro vimos que algunos hombres de Dios fueron sanados milagrosamente, mientras otros aprendieron a caminar sostenidos por la gracia en medio de la debilidad. Pablo recibió revelaciones extraordinarias y al mismo tiempo convivió con su aguijón. Timoteo padeció frecuentes enfermedades. Trófimo permaneció enfermo en Mileto. Job atravesó sufrimientos profundos sin comprender completamente lo que ocurría. Y aun así, ninguno de ellos fue abandonado por Dios.

Esto es profundamente importante para quienes hoy están atravesando dolor físico o emocional. Tal vez han orado durante mucho tiempo esperando una respuesta que todavía no llega. Tal vez están cansados, confundidos o luchando silenciosamente con preguntas que nadie más conoce. Quizá incluso han sentido culpa porque ciertas enseñanzas que les hicieron creer que si la sanidad no ocurre es porque algo está mal espiritualmente. Pero el evangelio verdadero no fue dado para aplastar a los quebrantados.

Cristo no vino para aumentar la carga de quienes sufren, sino para acercarse a ellos con gracia y verdad. La cruz sigue siendo la evidencia suprema de ese amor. Allí Jesús no solamente cargó con el pecado, sino que entró

profundamente en el sufrimiento humano. Él conoce el dolor, la angustia, el cansancio y las lágrimas. No observa el quebranto desde lejos. Camina junto a sus hijos en medio de toda circunstancia.

Y aunque algunas respuestas permanezcan misteriosas en esta vida presente, nuestra esperanza final continúa completamente segura. La enfermedad no tendrá la última palabra. La muerte no conservará la victoria definitiva. Cristo resucitó, y porque Él vive, nosotros también viviremos. Él es la primicia y la garantía de nuestra resurrección.

Llegará el día en que todo cuerpo quebrantado será transformado. Llegará el día en que no habrá más hospitales, ni diagnósticos dolorosos, ni lágrimas silenciosas durante la madrugada. Llegará el día en que toda consecuencia del pecado será removida para siempre bajo el Reino eterno de Dios.

Mientras tanto, seguimos caminando entre milagros y debilidades, entre respuestas gloriosas y procesos difíciles, pero sostenidos por una certeza inquebrantable: la gracia de Dios sigue siendo suficiente.

Algunos serán sanados milagrosamente. Otros serán fortalecidos para atravesar largos procesos. Algunos verán respuestas inmediatas. Otros aprenderán a depender del Señor día tras día. Pero una cosa es segura: ninguno de los que pertenecemos verdaderamente a Cristo seremos abandonados jamás.

Porque nuestra victoria final no descansa únicamente en experimentar alivio temporal en esta tierra, sino en pertenecer eternamente al Reino de Dios. Y esa esperanza jamás podrá ser destruida por la enfermedad, el dolor ni la muerte.

Cristo sigue siendo fiel, sigue permaneciendo cerca del quebrantado, sigue sosteniendo al cansado, sigue caminando con sus hijos aun en medio del valle más oscuro. Y cuando finalmente todo termine, veremos que incluso en los momentos donde no entendíamos completamente sus caminos, Su amor nunca dejó de sostenernos.

Porque al final de todo, el mayor milagro no será solamente la restauración del cuerpo, será descubrir que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo permanecieron inmutables hasta el fin.

***“¡El fiel amor del Señor nunca se acaba!
Sus misericordias jamás terminan.
Grande es su fidelidad;
sus misericordias son nuevas cada mañana.
Me digo: El Señor es mi herencia,
por lo tanto, ¡esperaré en él!”***
Lamentaciones 3:22 al 24 NTV

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

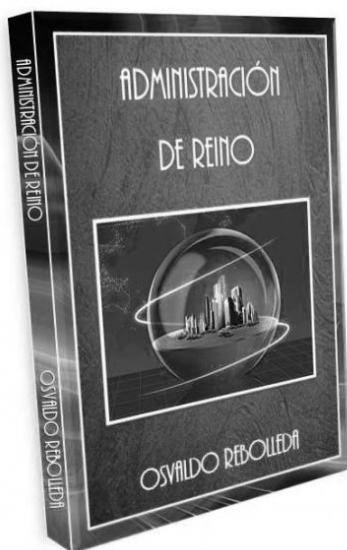
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

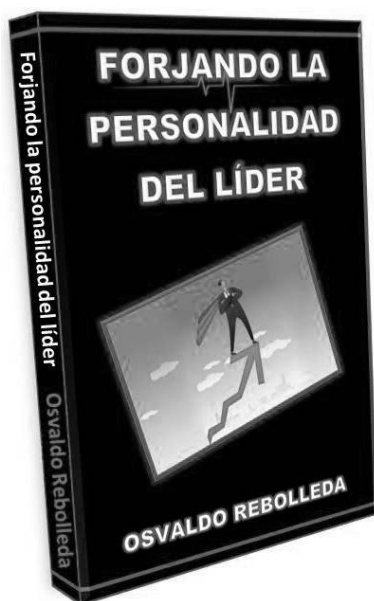
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

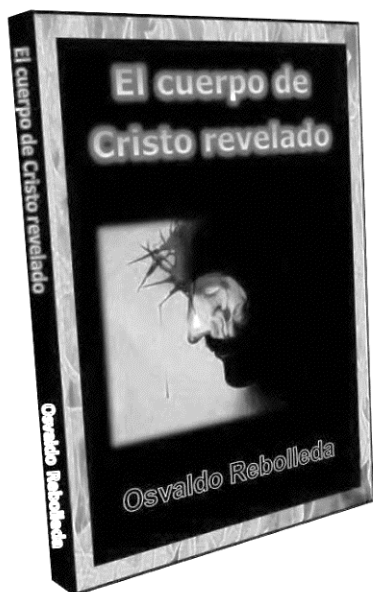
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

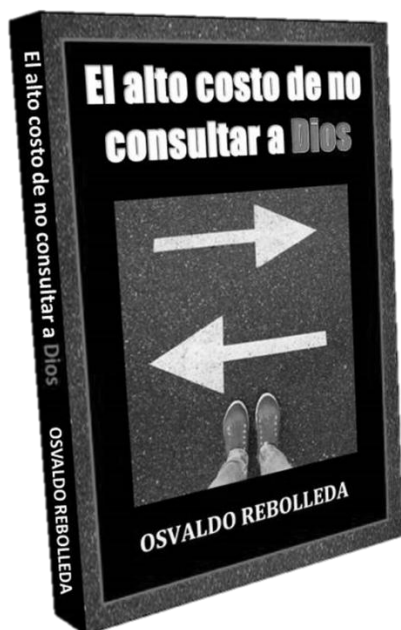


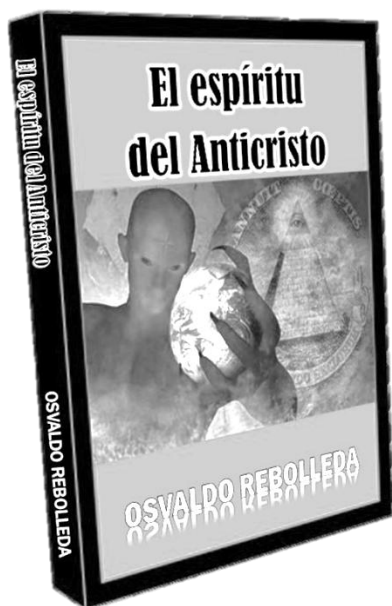
www.osvaldorebolleda.com



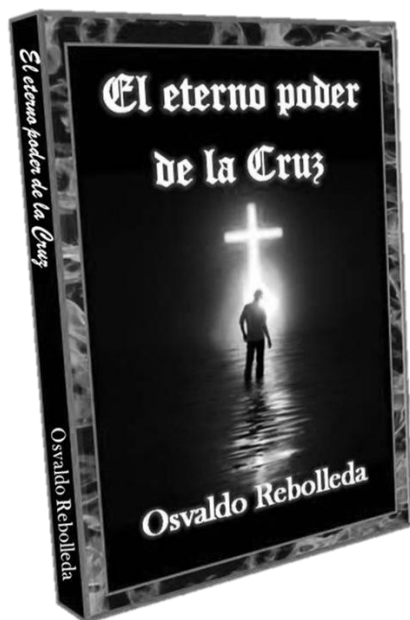
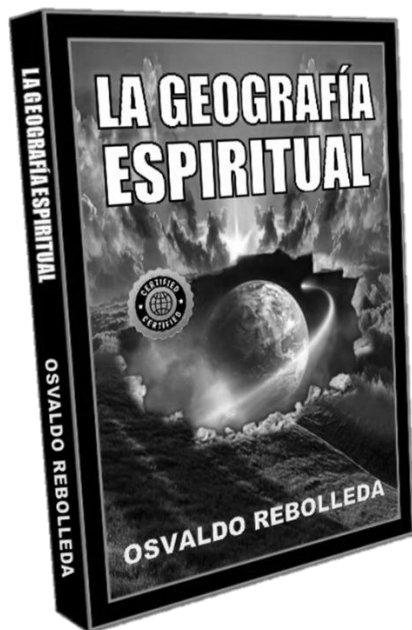


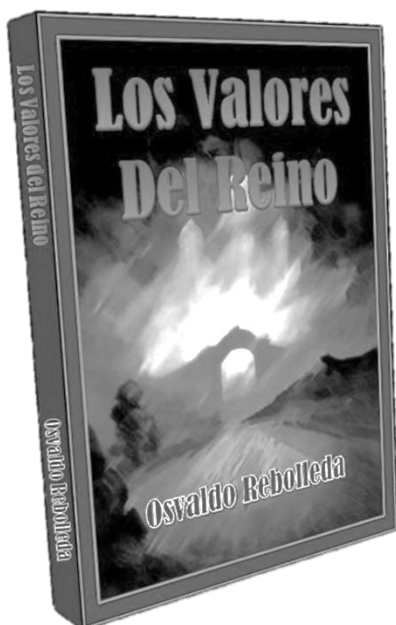
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

